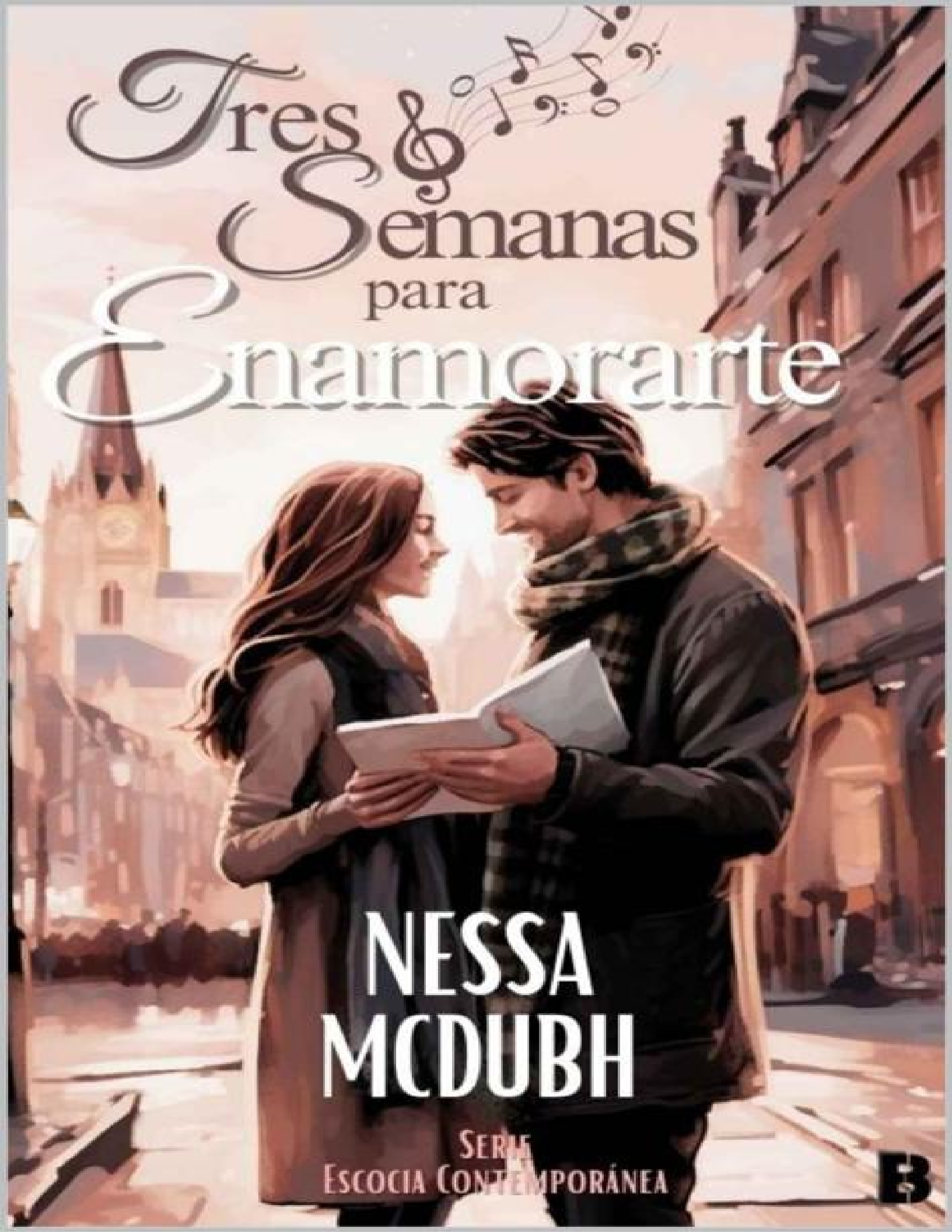

Tres Semanas para Enamorarte
NESSA MCDUBH
Serie Escocia Contemporánea

Tres Semanas para Enamorarte

Nessa McDubh

Derechos de autor ©2024 Nessa McDubh

Primera edición: febrero 2024

ISBN:

Sello: Independently Published

©Del texto: Nessa McDubh
©Maquetación y diseño: Eden Books
©Imagen de cubierta: Eden Books

Todos los derechos reservados. Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70/93 272 04 45).

Copyright ©2024 por Nessa McDubh

Porque todos escriban sus historias de amor en clave de sol.

CALEDONIA

By Dougie MacLean

(Canción que da vida a esta novela)

I don't know if you can see the changes that have come over me
In these last few days I've been afraid that I might drift away
So I've been telling old stories, singing songs that make me think about where I came from
And that's the reason why I seem so far away today

But let me tell you that I love you, that I think about you all the time
Caledonia, you're calling me, and now I'm going home
But if I should become a stranger you know that it would make me more than sad
Caledonia's been everything I've ever had

I have moved and I've kept on moving, proved the points that I needed proving
Lost the friends that I needed losing, found others on the way
I have kissed the ladies and left them crying, stolen dreams, yes there's no denying
I have travelled hard, sometimes with conscience flying somewhere with the wind

But let me tell you that I love you, that I think about you all the time
Caledonia, you're calling me, and now I'm going home
But if I should become a stranger you know that it would make me more than sad
Caledonia's been everything I've ever had

Now I'm sitting here before the fire, the empty room, the forest choir
The flames that couldn't get any higher, well they've withered, now they've gone
But I'm steady thinking, my way is clear and I know what I will do tomorrow
When the hands have shaken and the kisses flow, well I will disappear

But let me tell you that I love you, that I think about you all the time
Caledonia, you're calling me, and now I'm going home
But if I should become a stranger you know that it would make me more than sad
Caledonia's been everything I've ever had

NOTAS DE LA AUTORA

Os voy a contar la interesante historia de esta novela, que ha nacido de forma accidental.

Comenzaré desde el principio de su creación.

Un día, después de haber estado haciendo terapia emocional y hablando con unas amigas sobre el tema de atraer nuestros mayores deseos, se me ocurrió escribirlo en forma de historia. Escribí un borrador de una vida idealizada, de algo que me gustaría que me ocurriese y lo dejé guardado en el cajón.

Hace unas semanas, rebuscando entre las cajas de la mudanza y reorganizando el caos de vida que tenía en esos momentos, apareció la libreta donde lo tenía todo anotado. Me senté a leerla y algo se despertó dentro de mí. Una idea apareció, la de darle forma, pulirla un poco y publicarla para estas fechas de San Valentín. Y me lancé a ello.

No cambié nada, ni el nombre de los personajes. Creo que así tiene que ser y le da más personalidad porque está mucho más conectada conmigo. No sé cómo os llegará a vosotras, lectoras, pero a mí me ha removido muchas cosas por dentro y ha revivido una llama que tenía algo apagada.

Espero que os guste, que la disfrutéis y que, al cerrar los ojos y escuchar esa bonita canción de Caledonia, os transportéis conmigo a esa mágica tierra llamada Escocia.

Enjoy!

Nessa

Índice

1. ROMPIENDO CON EL BLOQUEO

2. CON LOS NERVIOS A FLOR DE PIEL

3. NUEVOS COMIENZOS, NUEVAS ILUSIONES

4. BIENVENIDOS A ESCOCIA

5. AUN SOY ATRACTIVA

6. UN BARRIO LLAMADO DEAN VILLAGE

7. MÚSICA, WHISKY Y BUEN AMBIENTE

8. CONFESIONES QUE CALMAN EL ALMA

9. SUBIR UNA SILLA NO ES TAN FÁCIL COMO LO PINTAN

10. LOS BESOS DE CARLTON HILL

11. CANCIONES QUE TOCAN EL ALMA

12. UN SAN VALENTÍN MUY ESCOCÉS

13. Y LA RUEDA DE LA VIDA VUELVE A FUNCIONAR

14. UN FUTURO LLENO DE LETRAS Y CANCIONES

1. ROMPIENDO CON EL BLOQUEO

Con el frío del mes de enero metido hasta los huesos, me enrosco la manta de estampado escocés al cuerpo, cojo el libro de fantasía entre mis manos y me desplomo en el sofá del salón con la firme idea de dejar de existir durante unas horas.

La humeante taza de té reposa sobre la pequeña mesa de centro, a la espera de que le dé un trago para calentar el interior de mi cuerpo entumecido. Al otro lado de la ventana de mi acogedor saloncito, la lluvia es la protagonista de un clásico día gris de invierno en Nueva York.

A mucha gente les producen tristeza los días así, pero a mí me encantan…, o antes, al menos.

—Un poco de evasión a mi vida de mierda y falta de motivación —digo con absoluta desgana de todo.

Llevo semanas sin lograr escribir una mísera línea de texto y eso, para una escritora que pretende vivir de su talento, es terrible, pero mi bloqueo es tan grande que ni una coma seguida de un espacio puedo teclear sin romperme en mil pedazos. O tal vez ya estoy rota y simplemente no tengo fuerzas para continuar.

Suena mi teléfono en el instante en el que abro el libro y me dispongo a leer. Miro la pantalla y sonrío.

—Hola, viajera. ¿Qué tal tu viaje por tierras asiáticas? —pregunto nada más descolgar.

—¡Hermanita, feliz año! —exclama mi hermana pequeña al otro lado—. Esto es increíble, tenías que haber venido. No sabes lo que me acuerdo de ti cada vez que entro en algún edificio emblemático y alguien se pone a explicar el origen de su construcción o la historia de alguna dinastía perdida —me cuenta.

Mi querida Taty, me la estoy imaginando saltando como una niña pequeña, con una sonrisa enorme instalada en su cara a perpetuidad, y no puedo evitar sonreír yo también. Lleva de viaje sabático por el mundo un año. Un día se cansó de la mierda de presión social y laboral a la que estaba sometida y se largó de Estados Unidos, sin mirar atrás. Obviamente, yo la animé.

—Ya, pero ya sabes que no podía dejar tirados a los de la editorial.

—¿Cómo llevas tu siguiente novela? Con lo rápido que escribes, estarás ya por la tercera parte de una nueva saga —comenta entre risas. Resoplo, sin más—. Uy, eso no suena bien. ¿Qué ocurre?

—Nada, que creo que me he quedado vacía de ideas y no soy quien a escribir nada. Cero palabras, ni una puñetera coma.

—Al menos habrás escrito tu nombre, ¿no?

—Ja, ja, muy graciosa —protesto, frustrada.

—No te presiones, Nes. La inspiración te llegará. Ahora solo estás pasando un mal momento, un bache —intenta darme ánimos sin conseguir gran cosa.

—Pues el jodido bache lleva ya conmigo más de un año, ¿eh? Igual va siendo hora de que se vaya a dar por saco a otra persona.

—Ten en cuenta que lo que acabas de pasar es algo muy difícil de superar de forma rápida, hermana. Llevabais juntos mucho tiempo y ahora te ves en una vida nueva…

—Una vida de mierda, con perdón. Esto es horrible, no me acabo de hacer a la idea de que me toque recorrer el resto de mi camino sola…, otra vez. No es justo, joder —suelto, notando las lágrimas agolparse en mis ojos.

—¿Has sabido algo de él?

—No, ni falta que hace. Paul tomó su decisión y yo la mía, es innecesario forzar nada más y mucho menos el mantener una relación de amistad. Jamás podré tenerlo de amigo, no confío en él.

—Ya, lo sé. Sabes que, en esto, estoy de tu parte. No se portó bien contigo y tomaste la decisión menos dolorosa para ti. Por eso te digo que es normal que estés con ese bloqueo. Has pasado por mucho y este último año ha sido horrible —me responde con calma.

—¿Lo dices porque he estado a punto de perder la casa o porque me has tenido que prestar dinero varios meses seguidos?

—No, boba. O sea, sí, eso son factores. Hermanita, necesitas un viaje, salir de ahí y desconectar. Aire nuevo y fresco —dice, dando un giro repentino a la conversación.

—Taty, sabes que no…

—Como me digas que no puedes, abandono mi viaje y voy a casa para pegarte con un palo en la cabeza —me amenaza.

—¡Oye! —exclamo ofendida, pero esbozando una sonrisa porque sé que lo dice con amor.

—Ni oye ni nada. Búscate algún sitio al que siempre hayas deseado ir y vete un tiempo, desconecta de todo. ¡Oh, ya sé! —suelta emocionada. Pongo los ojos en blanco porque temo la idea que se le haya pasado por la cabeza—. Vete a Escocia —me dice.

—¿Cómo?

—Eso. Siempre quisiste conocer ese país, escribes novelas románticas y siempre has dicho que lo consideras el país más romántico del mundo. Vete una temporada, conoce gente nueva, recórrete las Highlands y fóllate a un buen escocés.

—¡Taty! Qué bruta eres, de verdad. A veces no sé a quién has salido con esa boca tan sucia —bromeo riendo.

—Pues está claro que he salido a ti, no haberme criado tú —responde, y las dos estallamos en carcajadas—. Ahora en serio, hermanita. Llena esa maleta gigante que tienes con ropa y sueños y vete al país que te tiene tan enamorada desde que tengo uso de razón —me aconseja.

—Que es desde hace poco, claro —me burlo.

—Ja, ja. Hazme caso y deja de ponerte excusas.

—Me lo pensaré.

—No, lo harás, o te juro que…

—Sí, sí, ya sé: vendrás a darme con un palo en la cabeza. Está bien, me pondré a buscar opciones. Total, no pierdo nada y para escribir solo necesito un enchufe, el portátil y conexión a internet para poder enviar los capítulos a mi editora —La escucho gritar al otro lado del teléfono un Sí triunfal.

—No te vas a arrepentir, ya lo verás. Lo mejor cuando una se estanca en una vida de mierda es viajar, te lo digo yo.

—Espero que vengas a verme, ¿eh?

—No lo dudes, hermana. Me tendrás allí pegada a ti en cuanto me des la dirección —afirma.

Nos quedamos hablando más tiempo y nos contamos cómo nos han ido las navidades a ambas, aunque las suyas han sido sin duda mucho mejores que las mías. Yo, aquí sola, intentando reconectar con mis musas, mientras ella se pasó las fiestas entre bebidas exóticas, playas paradisíacas y algún que otro monzón de por medio.

El microondas pita para avisarme que la sopa ya está caliente. Me levanto del ordenador y voy en busca de mi cena. Llevo ahí sentada casi desde que terminé de hablar con Taty, buscando referencias en blogs sobre españoles en Escocia. Intenté continuar con la lectura, pero la voz de mi hermana no dejaba de martillearme en la cabeza y opté por hacer mi clásico rastreo de opciones.

He de reconocer que siento una emoción enorme recorrer todo mi cuerpo desde que me senté frente a la pantalla y tecleé la palabra Escocia. Ha sido una inyección de energía enorme que no sé muy bien cómo describir porque son muchas emociones entremezcladas. Lo que sí tengo claro es que haré caso a mi hermana y me regalaré un cambio de aires.

Cojo el plato de sopa y me vuelvo a mi búsqueda de información exhaustiva, con ilusión y la posibilidad de ver cumplido un sueño que tengo desde siempre. Me voy a ir a vivir la magia a la tierra de los clanes y el whisky, y me iré ya. Si me paro a pensarlo, no lo haré jamás.

Por primera vez, desde hace mucho tiempo, sonrío feliz.

2. Con los nervios a flor de piel

Suerte que ya estamos en la segunda semana de enero y se han acabado esta locura de fiestas, comidas, regalos, etc. Me ha llevado unos días el organizarme para mi cambio de vida, pero por fin lo tengo todo listo: visado, billetes de avión, maletas.

Salgo del banco, saludo de forma cortés a algunas personas con las que me cruzo en la puerta y emprendo camino en busca de mi pequeño Renault rojo. Lleva conmigo tantos años que me va a costar desprenderme de él, pero no me lo puedo llevar en la maleta.

Me detengo delante del escaparate de una tienda de ropa porque un conjunto expuesto llama mi atención. Se trata de un maniquí vestido con un jersey blanco de cuello cisne y una mini falda de estampado escocés de colores verde y tierra super bonitos. No me lo pienso y entro, me tomo esto como una señal del universo que me dice que estoy en el buen camino.

Media hora más tarde, abro la puerta del coche y dejo la mochila y las bolsas en el asiento del copiloto. Tomo asiento y me pongo el cinturón de seguridad. Meto la llave de contacto y…

—¡Mierda, Megan! —exclamo al darme cuenta de que no había hecho lo más importante: avisar a mi editora sobre mi repentina mudanza.

Vuelvo a poner el freno de mano, me quito el cinturón y cojo el bolso. Rebusco entro todas las infinitas cosas que siempre llevamos las mujeres con nosotras —¿Por qué demonios cargamos con tanta parafernalia, en serio? — y saco el móvil, no sin soltar algún que otro improperio. Busco el número de mi editora en la agenda y le doy al botón de llamada.

—Dime que me llamas para decirme que ya tienes un par de capítulos terminados —suelta nada más descolgar.

—Hola a ti también. Mis navidades bien, gracias. ¿Qué tal las tuyas? —contesto en tono de burla.

—Ya, ya, ya, navidades geniales, pero vamos a lo importante: ¿Cuándo piensas sacar nuevo libro, Nessa? No podemos seguir parados, tus lectoras están ansiosas…

—Ya lo sé, Meg, ya lo sé —digo tras un largo suspiro—, pero sabes que son momentos difíciles. Bueno, han sido. Espero que ya se queden en el pasado de una vez.

—¿Pasado? ¿Ha ocurrido algo en estas últimas semanas que no me hayas contado?

—Semanas, no. Días, más bien. Me voy de la ciudad, necesito desconectar de todo y volver a reconectar conmigo misma…

—Espera, espera, espera. ¿Cómo que te vas? —pregunta, desconcertada.

—Pues, eso, que me voy. Que ya lo tengo todo listo y en dos días tomo un avión rumbo a mi nueva vida. A ver si así logro levantar cabeza.

—¿Y a dónde te vas?

—A Escocia.

A pesar de estar callada, puedo escuchar perfectamente los engranajes de su cerebro funcionar y estoy segura de que me recriminará algo en cualquier momento.

—Bueno, lo entiendo. Necesitas un cambio porque ese estado depresivo en el que has entrado no le está haciendo ningún bien a tu carrera literaria y…

—No voy a dejar de trabajar contigo, ¿eh? Que parece que te estés despidiendo ya de mí para siempre —bromeo con ella.

—Créeme que lo he pensado en más de una ocasión. Iba a decir que puedes escribir desde cualquier sitio, que no tienes que estar anclada en un único lugar. Con que retomes tu rutina y me envíes los capítulos con mejor ritmo que hasta ahora, es suficiente —habla con una calma y empatía que hasta a mí me sorprende.

—Vaya…, me has dejado sin palabras. Me esperaba alguna que otra regañina o incluso un grito de frustración o algo.

—No siempre estoy con el látigo en la mano, mi querida Nessa —dice en tono burlón.

—Prometo tener algo que enviarte pronto, de verdad —juro con total sinceridad.

—Y te creo, solo hay que escuchar cómo ha cambiado el tono de tu voz. Estás más viva que estos últimos meses y eso me gusta, me da esperanzas. Ve y disfruta, tómate el tiempo que necesites para sanar, pero escribe —me aconseja y sé que no solo lo dice como mi editora, si no como una buena amiga que es.

Lleva tantos años soportando mis subidas y bajadas emocionales, que lo extraño es que siga a mi lado. Otra persona en su posición, ya me hubiese mandado a la mierda a la primera de cambio. He tenido mucha suerte con ella, tanto yo como el resto de escritores que lleva ella sola.

Cada vez que pienso en la suerte que he tenido al entrar a formar parte de la familia de escritores de Penguin, me doy de cabezazos contra la pared por estar saboteándome a mí misma.

Hace ya más de cinco años que se publicó mi primera novela romántica y no he dejado de cosechar grandes éxitos. Unas ventas increíbles, jamás lo hubiera pensado, y una legión de fans dispuestas a leer cualquier cosa que escriba. Algo increíble y maravilloso a la vez.

Con casi treinta novelas publicadas, a una media de cuatro o cinco al año, mi trayectoria literaria siempre apuntaba alto. Dicho por mi editora y algunos de sus compañeros, se me considera una beta de oro encontrada en un inmenso mar de escritores.

Hasta que mi vida dio un giro de ciento ochenta grados y todo mi mundo se derrumbó cuando Paul se acostó con una compañera de trabajo, llevándose consigo mis ilusiones y creencias en el amor. Me rompió en mil pedazos, me destruyó por completo y mis musas me abandonaron. Perdí las ganas de seguir escribiendo nada, y mucho menos romántica.

¿Cómo coño iba a escribir sobre historias de amor, con finales felices, si mi vida era un auténtico desastre? Y ahí empezó mi calvario, mi viacrucis personal, hasta que tomé la decisión de romper con él. Lo triste del caso es que, en realidad, no quería dejarlo, pero tenía que hacerlo, por salud mental y

estabilidad emocional.

Las infidelidades, duelen; las traiciones, matan; pero la soledad, destruye.

Doy vueltas por casa como un pollo sin cabeza, recogiendo cosas que se quedarán a buen recaudo aquí y metiendo en cajas otras que me llevaré conmigo, como mis amados libros. Mi hermana me aconsejó enviarme lo máximo que pueda por empresa y viajase en el avión con una sola maleta. Así me evito el pagar sobre cargo por el peso, y le hago caso porque ella es la experta en viajar.

La mayoría ya está organizado y metido en sus correspondientes cajas, pero yo sigo estando atacada de los nervios. Mañana vendrán de la empresa de repartos para llevárselo todo y así yo solo me tengo que preocupar por la maleta con la que iré en el avión.

¡Dios, qué nervios tengo!

La primera noche me toca hacerla en un hostal que encontré en el centro de Edimburgo. La dueña del apartamento que alquilé en una zona llamada Dean Village, me dijo que me pasará a buscar por la plaza de Grassmarket. Lo llevo todo anotado en mi moleskin porque soy un desastre y lo mismo aparezco en Londres en una de estas.

—Ya está, todo listo para mi nueva vida —jadeo al vacío del salón, como si las cajas me fuesen a contestar o a aplaudir.

Angustia, ansiedad, nerviosismo…, y felicidad. Una enorme sensación de felicidad absoluta que hace que lleve con una sonrisa plantada en mi cara desde que tomé la decisión de irme a vivir mi propia aventura.

—Me voy a Escocia, joder —digo, emocionada.

Lleno mis pulmones de aire y lo libero con un largo suspiro, sin dejar de sonreír. Hasta tengo ganas de llorar, pero de felicidad.

Miro el reloj de mi pulsera y me sorprendo de lo tarde que es. Me levanto del suelo, soltando varios quejidos al sentir las protestas de mi trasero por llevar tantas horas ahí sentada, y me dirijo al baño para darme una relajante ducha de agua caliente.

—Dos días, Nessa. Dos días y estarás pisando las tierras de Wallace —susurro mientras me voy quitando la ropa.

Mi nueva vida me espera.

3. NUEVOS COMIENZOS, NUEVAS ILUSIONES

Caminar por los pasillos de un aeropuerto, arrastrando una enorme maleta, mientras vas pidiendo disculpas con todas las personas con las que chocas es de lo más divertido. Me duele la muñeca, el codo y hasta el hombro de tirar de mi equipaje. Más que ropa, bien podría decirse que llevo un muerto ahí metido.

—Tarjeta de embarque, pasaporte —recito como un mantra a la vez que palpo el bolsillo de los pantalones.

Por suerte, no hay una cola enorme para facturar maletas y puedo solventarlo todo en cuestión de minutos.

—Que tenga un feliz vuelo —me dice la azafata del mostrador al entregarme las tarjetas de embarque con la pegatina correspondiente de mi equipaje.

—Gracias —respondo con la misma emoción con la que llevo desde hace días.

Libre del peso de ese ataúd con ruedas, camino hasta la puerta de embarque para comprobar los horarios de los vuelos. Al mío aún le falta una hora, pero decido pasar el control y esperar ya en la sala interior. Estoy tan nerviosa que temo despistarme y perder el vuelo, mi ropa y toda mi vida que va de camino en un envío aparte.

Llevo inmersa en la lectura del libro desde que me senté junto a la puerta de embarque asignada a mi vuelo, pero el movimiento de la gente a mi alrededor me saca de mis mundos de fantasía. Levanto la vista y veo que todo el mundo comienza a colocarse mochilas, bolsos y maletas para ir tomando sitio en la fila.

—No sé por qué nos tenemos que poner tan rápido a la cola, si los asientos están numerados —protesta un señor mayor a mi lado.

—Porque así entras con más calma y puedes colocar tus cosas sobre el asiento y no al final del avión —le responde la que supongo que es su esposa.

—Paparruchas. Es más cómodos ir el último porque así no tienes a nadie detrás empujándote y dando por saco —refunfuña de nuevo el hombre.

—Ais, de verdad. Si es que no se te puede sacar de casa. La niña tiene razón, eres un cascarrabias. —Ese comentario hace que se me escape una risa que logro ahogar en mi bufanda.

—La niña tiene casi cuarenta años, va siendo hora de que dejes de verla como tal, mujer. Ya sabe cómo se hacen los hijos mejor que tú y que yo —suelta el señor.

—¡Douglas, por favor! —exclama la mujer.

Me está costando mucho aguantar la compostura, pero me parecen una pareja entrañable. Él,

todo un pitufo gruñón de mucho cuidado —y que tiene más razón que un santo con lo que dice— y ella con una paciencia infinita, la pobre mujer.

Nos vamos moviendo poco a poco y acabamos recorriendo un pasillo un tanto congelado que nos lleva a todos directos al exterior. Allí, seguimos las indicaciones de los auxiliares que nos flanquean y nos señalan el camino.

A mí me toca en el medio, así que da igual por qué escalera suba, pero una auxiliar me indica que entre por la puerta de cabina porque en la de cola siempre hay más atascos. Y menos mal que decido hacerle caso o me veo esperando aún para llegar a mi asiento.

Con todo acomodado, abrigo hecho un ovillo sobre mi regazo, el bolso bajo los pies y el cinturón bien ajustado, abro de nuevo el libro para evadirme del mundo hasta que lleguemos a destino.

El vuelo dura unas seis horas, pero estaba tan inmersa en la lectura que a mí me parecieron segundos. Siempre me pasa lo mismo cuando un libro me atrapa, pierdo la noción del tiempo. Vuelvo a la realidad cuando siento el golpe del avión al tocar suelo y a la gente aplaudir por haber llegado vivos.

Con mi abrigo rojo de invierno, gorro, bufanda y guantes blancos, me coloco la mochilita que siempre uso como bolso y salgo del avión. Cierro los ojos por unos segundos para respirar el aroma, aunque sea del aeropuerto, del país que me acogerá durante un tiempo.

Bajo las escaleras con cuidado de no acabar rodando y, de la misma forma que en el aeropuerto americano, los auxiliares nos hacen un pasillo entre conos y cintas amarillas que nos lleva a todos como un rebaño de ovejas al redil.

No puedo evitar seguir con una sonrisa de boba y miro a todo el mundo con esa cara de felicidad. Por suerte, me corresponden casi con la misma intensidad.

A lo lejos, en una zona del aeropuerto de Edimburgo lejos de las pistas comerciales, veo un jet blanco impoluto detenerse ante un hangar gris. Me quedo como hipnotizada observando como una azafata deja caer la escalera con cuidado y a un grupo de hombres trajeados bajarse del avión.

Apenas distingo nada, salvo que uno de ellos destaca entre el resto por su altura. Un hombre rubio, que camina rodeado de varios de esos otros ejecutivos y que le van hablando. Él simplemente corresponde con un leve movimiento de cabeza y señala hacia el interior del hangar. Por un segundo, parece percatarse de que los estoy observando y desvía su mirada hacia mí. Ladea la cabeza un poco, sonríe y asiente a modo de saludo. Yo me sonrojo tanto que creo que mis mejillas se han vuelto del mismo color que mi abrigo y corro al refugio de las escaleras del aeropuerto.

—Bien, Nessa. Eso entrar con buen pie —exhalo fatigada y con el corazón desbocado por completo.

Me recompongo, no sin notar un enorme calor alojarse en mi cara, y asciendo las escaleras que

me llevan directa a la zona de control…, o eso debería de suceder, claro.

—Santa madre bendita, esto es peor que el laberinto del fauno —protesto en la trigésimo quinta curva que tomo. Suerte que voy siguiendo al resto de la gente, aunque veo a algunos que van más perdido que yo.

Logro llegar a una sala enorme, repleta de filas y caminos delimitados por cintas y postes a cada pocos metros. Varias auxiliares indican, en escocés, las filas que debemos tomar cada pasajero.

Desde el Brexit es un poco coñazo, por lo que escucho decir a algunos viajeros tras de mí. Yo no tengo ni idea porque todo lo más que he salido de mi ciudad ha sido para ir directa a una firma de uno de mis libros en Boston y la editorial se había encargado de todo, así que.

Para estar atestado de gente, lo cierto es que vamos todos bastante rápido. Tienen un montón de cabinas con sus respectivos policías de aduanas revisando pasaportes y haciendo las preguntas necesarias. Buen nivel de organización.

Por fin llego a las cintas con las maletas dando vueltas, a la espera de que sus respectivos dueños las recojan. Busco la que corresponde con mi vuelo y me espero hasta ver aparecer la mía.

—Ahí estás —digo tras verla atravesar las cintas de goma.

Dejo que avance hasta tenerla a mi altura y la tomo del asa, pero… error. Pesa tanto que me es imposible bajarla de la cinta y veo como mi cuerpo empieza a avanzar a la par que la maleta por la cinta. Entro en pánico porque no soy quien a soltarme y ya me veo montada sobre ella, saludando a los operarios del otro lado.

Un brazo fuerte me sujeta de la cintura y tira de mí y de la maleta. En cuanto me veo a salvo, me giro para mirar a mi salvador y me encuentro con el típico señor escocés, grande como un armario y una barba bien frondosa. Sonrío y le doy las gracias, avergonzada como una adolescente.

En cuanto logro recuperar el aliento, tiro de la maleta y busco la salida, ansiosa por llegar a la ciudad. Y no tardo mucho en salir del aeropuerto. Un montón de gente, turistas en su mayoría, rodean las enormes letras que hay a la salida con el nombre de la ciudad. Algunos sentados sobre ellas y otros sacándose fotos en todas las poses posibles.

Yo cierro los ojos, respiro hasta llenar mis pulmones de ese aire puro y diferente y sonrío como una idiota…, otra vez. Noto ardor en mis ojos y siento una emoción enorme recorrer mi cuerpo. Quiero llorar, gritar y saltar. Me siento tan feliz que ahora mismo podría sentarme a escribir cualquier cosa.

Mi vida por fin empieza de nuevo.

4. Bienvenidos a Escocia

A pesar de que las colas para el bus que conecta con el centro de la ciudad son bastante largas, nos movemos con fluidez. En la parada del Airlink 100, que es el encargado de trasladar a los viajeros recién llegados a la ciudad de Edimburgo, siempre hay dos autobuses enormes y, lo que más me emociona de todo, es que tienen dos pisos. Podría haber elegido el tren como método de transporte, pero el bus me deja más cerca de mi destino…, o eso entendí en la web.

El viaje apenas dura unos treinta minutos, pero son suficientes para que yo observe todo el recorrido con la misma ilusión que una niña pequeña cuando le dicen que la llevan a Disneyland. Aún me parece todo un sueño y creo que seguiré sin creerme que en verdad esté en Escocia.

En cuanto entramos en una zona llamada Haymarket, veo, emocionada, toda una gran avenida llena de tiendas, restaurantes y gente paseando en todas direcciones. El bus hace ahí una de sus paradas, en la entrada de la estación de tren que lleva el nombre de la misma zona. Se bajan bastantes personas y se suben otras tantas.

Arrancamos de nuevo y se va moviendo despacio por las calles de la ciudad. Recorremos lo que se denomina como New Town y me maravillo con la arquitectura de los edificios. Es medio día en Edimburgo y la ciudad bulle de vida.

—Estación de Waverly —dice la voz robótica de autobús.

Última parada del trayecto. Dejo que vayan recogiendo sus maletas al resto de ocupantes y me espero para poder maniobrar con mi muerto personal con más calma.

Sujeto con fuerza el asa de la maleta y tiro de ella para bajarla a la acera, pero pesa tanto que se me resbala de las manos y se va al suelo. El conductor, un hombre muy sonriente y servicial, sale como una exhalación de su cabina y me ayuda a levantarla.

—Cristo, sí que pesa —protesta, tirando de ella.

Yo me sonrojo porque tiene razón y solo puedo sonreír, nerviosa.

—Tranquila, no le diré nadie que llevas a un muerto ahí dentro —bromea en cuanto la deja a mi lado—. ¿Primera vez en Escocia? —me pregunta.

—Así es, vengo a cumplir un sueño —respondo risueña.

Él me sonríe y eso me ayuda a relajarme un poco. Es entonces cuando me fijo en las facciones tan bien marcadas que tiene. Un hombre alto, fuerte, pelirrojo y de ojos cristalinos como el agua. Observo un grupo de pecas repartidas por el puente de su nariz y pómulos.

—Un sueño largo, por el tamaño de esa maleta.

—Una dama no puede viajar sin sus utensilios personales —suelto con cierta picardía. Él suelta una carcajada y me acabo contagiando.

—Disfrute de su sueño, junto a sus utensilios, milady —responde de forma burlona.

—Gracias…, no sé tú nombre.

—Greg, me llamo Greg McAlister.

—Encantada, Greg. Yo soy Nessa Larsen —contesto y extiendo la mano, que él toma con delicadeza.

—Espero que mi país te guste y te trate bien.

—Yo también lo deseo.

—Y espero volver a verte, Nessa —confiesa. Su boca se curva en una sonrisa de los más seductora, me da un beso en el dorso de mi mano, me mira y me guiña un ojo.

A esto lo llamo yo triunfar nada más llegar.

Con el GPS del móvil en la mano y en la otra, bien sujeta la maleta por el asa, emprendo camino hacia el alojamiento ubicado en la plaza de Grassmarket. Emoción, incertidumbre, alegría…, un revoltijo de emociones se van apoderando de mí a cada paso que doy. Intento no parecer una loca, pero no puedo evitar llevar clavada una enorme sonrisa en mi rostro mientras me cobijo bien bajo el calor de mi abrigo.

Pronto pierdo la sonrisa…, y hasta las ganas de vivir.

Mi alojamiento está ubicado en la zona conocida como Old Town, en lo alto de la colina volcánica. Importante lo de colina porque en cuanto empecé a seguir las indicaciones que me marcaba el GPS, me encontré ascendiendo una empinada cuesta.

—Muy pintoresca, Cockburn Street, pero creo que estoy a punto de expulsar los higadillos y hasta la papilla de cuando era bebé —protesto al mismo tiempo que tiro de la maleta.

Llego a lo alto de la calle sin aire y, por las caras de las personas que me miran al cruzarse conmigo, mi cara debe de estar del mismo color del abrigo. Me detengo a tomar oxígeno y, de paso, a comprobar en el mapa que no tenga que subir muchas más cuestas como esta o me plantearé seriamente dormir en la calle.

Según la app, mi alojamiento estaba a pocos metros hacia mi derecha. Levanto la cabeza y miro en esa dirección. Resoplo, no es tan empinada, pero es una ligera cuesta para la carga tan pesada que llevo.

—En fin, no te queda otra, amiga —me animo a mí misma.

Vuelvo a llenar mis pulmones de aire, agarro con fuerza el asa y emprendo recorrido por la Royal Miles. Mi destino estaba bajando una callecita super bonita llamada Victory Street. La había buscado en internet y me enamoró nada más verla. Una calle de cuento de hadas, y con una inclinación mortal para un equipaje tan pesado.

Dudo durante unos segundo si aventurarme a continuar calle abajo o buscar otra vía de llegada. Opto por la segunda opción, pero decido comprobarlo antes en el mapa.

—Mierda —protesto tras emitir un chasquido con la lengua.

No es una opción viable, al menos en distancia. Hay varias formas de llegar, una de ellas es bajando un tramo de escaleras pero lo descarto. La otra opción es dar un largo rodeo y arriesgarme a encontrar más cuestas o perderme por la vieja Edimburgo.

Resoplo y maldigo al comprender que mi única salida viable es descender la calle.

—En fin. Si la gravedad hace su función, acabaré saliendo en un millón de videos y memes en las redes —digo.

Pronto empiezan los problemas.

Haciendo fuerza para compensar mi peso con el de la maleta, intento caminar delante de ella…, pero no funciona. Noto cómo, poco a poco, las leyes físicas van tomando el control. Me esfuerzo por mantener el control, pero mi fuerza y mi peso son ínfimos al lado del enorme volumen del equipaje que arrastro.

Y se desata el caos.

La calle está algo helada y mis pies deciden que es el momento oportuno para marcarse una coreografía de movimientos involuntarios, lo que hace que pierda el equilibrio y, ante la inminente certeza de irme de bruces al suelo, suelto el asa para poder usar mis manos como freno.

Cuando me doy cuenta del error, mi maleta ya está descendiendo la calle a toda velocidad. Recupero el equilibrio y salgo corriendo tras ella, rezando por no acabar ninguna de las dos estampadas contra algún escaparate o arroyando a algún transeúnte por el camino.

Casi al final de la calle, un grupo de chicos se atreve a ponerle freno al loco descenso del baúl de los horrores. Llego a su altura resollando y sin aliento.

—Gra-gracias —logro pronunciar con dificultad.

—¿Estás bien? —me pregunta uno de ellos, que vestía con un abrigo de paño marrón.

—Te lo diré cuando recupere el oxígeno —contesté.

—-¡Jesús, muchacha! ¿Qué llevas aquí, el cadáver de tu novio? —exclamó otro de ellos. Lo veo mover la maleta para apartarla del camino del resto de gente.

—Era una opción, pero en el aeropuerto me hubiesen delatado los escáneres —bromeé, ya con algo más de aliento. Todos rieron ante mi comentario.

—Si quieres, te podemos acompañar y ayudarte con… tu muerto. Caminar por estas calles empedradas con semejante bulto te va a resultar un tanto…

—-¿Difícil? ¿Complicado? ¿Mortal? —digo de forma impulsiva.

—-Ja, ja, ja. Sí, algo así. Anda, vamos, que te ayudamos. ¿Vas muy lejos? —me pregunta el del abrigo marrón. Un joven moreno, alto y con muy buena percha, he de decir.

—Tengo reserva en el hotel Luxury de Grassmarket —le explico.

—Es ese de allí —comenta otro chico del grupo y señala hacia un edificio alto, de construcción moderna, en comparación con el resto de las edificaciones de la zona.

—Si no os causa mucha molestia, creo que me vendría genial que alguien me salvase de morir

aplastada por mi propio equipaje…, o de acabar matando a alguien por el camino —bromeo de nuevo.

Vuelven a reírse.

Escoltada por mis salvadores, llegamos a la entrada del hotel. Me ayudaron a subir por las escaleras de la recepción y nos despedimos, no sin antes ofrecerles tomar algo en el bar del hotel, pero se negaron porque habían quedado con el resto de sus grupo en otro sitio y ya iban algo retrasado.

Realicé el registro en el mostrador y, con llave en mano, emprendí camino mi habitación. Como tan solo sería la primera noche, había decidido darme un capricho y reservé una estancia con vistas al castillo.

Tras abandonar el ascensor en la tercera planta, camino por el pasillo enmoquetado, no sin sendas dificultades para arrastras el equipaje, hasta llegar a mi habitación. Acerco la llave magnética a la cerradura y esta se abre al instante.

Entro, dejo la maleta a un lado y corro hacia las ventanas. Retiro las gruesas cortinas de color verde oscuro y se abre ante mí una imagen de ensueño que me deja embobada y con lágrimas en los ojos amenazando con salir.

El castillo de Edimburgo, majestuoso e imponente, lo mires por donde lo mires, iluminado con focos que le dan a la piedra un tono cálido, gobierna la estampa al completo de una ciudad mágica.

Mi corazón da un vuelco en el pecho y me llevo una mano a los labios, que tiemblan de la emoción. He cumplido uno de mis mayores sueños, aunque sigo sin creerme que esté aquí. Una repentina necesidad de escribir se apodera de mí y decido aprovechar ese fuego que arde en mi interior, una llama que creía extinta y que acaba de revivir.

Ni deshago el equipaje ni nada. Saco el portátil de la mochila y comienzo a esbozar el borrador de una idea que me acaba de estallar en la mente como una explosión celestial. Tecleo como una loca, borro y reescribo, pero dejo que mis dedos tomen el control y que mis musas obren su magia.

Unas horas en Escocia y el fuego del escritor había vuelto a resurgir en mi interior con fuerza. La llama de la inspiración.

5. AUN SOY ATRACTIVA

La alarma del móvil suena tan alta que casi me caigo de la cama del salto que doy. Desorientada, compruebo la hora y veo que son las seis. Maldigo porque no es una hora a la que me suela levantar, pero mi casera vendrá a buscarme en tres horas y aún tenía que bajar a desayunar.

Aparto las mantas hacia un lado de la cama y me siento en el borde para estirar mi cuerpo. Rebusco entre mis enseres personales y, una vez con todo en la mano, me voy directa al baño. La blancura de esa pequeña estancia me deslumbra y me impresiona a la vez. En verdad que el nombre Hotel Luxury le va que ni al pelo al sitio.

Entro en la ducha, en la que perfectamente podrían caber cuatro personas, y me doy un relajante baño.

Ya con el cabello bien aclarado, cierro el grifo y tomo la toalla grande del perchero. Envuelvo mi cuerpo con ella y el pelo con otra un poco más pequeña. Me acerco hasta el espejo del lavamanos y observo con atención la imagen que se refleja.

—Dios, Nessa, estás hecha una mierda —me recrimino a mí misma. Acerco mi rostro al reflejo y me llevo una mano a la sombra oscura que se aprecia bajo mis ojos—. Ni tu abuela tenía estas ojeras…

Tomo algo de distancia para verme mejor y me doy cuenta de la delgadez que tengo…, y la palidez de piel. El disgusto por lo sucedido con Paul me había pasado más factura de la que creía.

Tiro del extremo de la toalla y la dejo caer al suelo, quedándome desnuda ante el espejo. Lo que veo me impresiona. No es que me haya vuelto una mujer con delgadez extrema, pero para alguien con curvas como era yo, es demasiado.

Los huesos de las clavículas se notaban más de la cuenta. De forma involuntaria, llevo mi mano hacia ahí y comienzo a recorrer con los dedos todos los cambios que hasta ahora habían pasado desapercibidos a mis ojos.

Arrastro mis dedos sobre el color blanquecino de mi piel y los paseo por la curvatura de mis pechos, los cuales permanecen igual de hinchados y redondos que siempre. Al menos en eso no he cambiado, sigo con el mismo volumen de busto. Dibujo un círculo alrededor de la areola de uno de ellos, lo que me provoca un pequeño cosquilleo.

Prosigo con mi recorrido y acaricio mis costillas, las cuales son del todo palpables. Nunca jamás se me habían notado tanto. Cuento una a una, como si tuviese miedo de haber perdido alguna de ellas en todo este proceso de cambios. ¡Qué tontería más grande!

Rozo la última costilla y continúo camino hacia abajo. Noto mi vientre delgado y plano, algo que en cierto modo agradezco. Ni en todos mis años de gimnasio había logrado obtener una forma tan lisa como la que ahora veo.

—Bueno, no hay mal que por bien no venga…, y no estás tan mal, amiga —me convenzo a mí misma.

Y es cierto, no estaba tan mal. Más delgada de lo que estaba costumbrada, sí, pero no tan horrible. Demacrada por la falta de sueño y de todo, en general, pero nada más. Algo más pálida de lo normal y más delgada. Aún soy deseable…, o eso espero.

Doy un paso hacia atrás para verme mejor de cuerpo entero y comienzo a reconciliarme con lo que veo. Sonrío, al menos mis pechos siguen bien firmes.

Me los acaricio de nuevo, esta vez con más calma y recorriendo bien todo el contorno de ambos. Al rozar de nuevo las areolas, mis pezones se endurecen y la piel se me eriza. Una excitación que me es del todo familiar llama a la puerta de sexo.

Sin dejar de mirarme en el espejo, llevo una mano hacia la entre pierna y acaricio mi sexo con un dedo. Noto la humedad al instante.

—Dioses, llevo demasiado tiempo sin tener un orgasmo —jadeo al sentir el roce de mi mano.

Y decido darme placer ahí mismo, observando a esa mujer renovada y ávida de deseo, de pasión y con ganas de disfrutar de la nueva vida que se le plantea.

Meto un dedo mi interior y lo muevo con sensualidad. Libero un gemido y vuelvo a fijar mi vista en el reflejo del espejo. Me gusta lo que veo, un cuerpo libre dándose placer y retorciéndose con sus propias caricias. Aunque esto sería mejor si fuese un hombre quien estuviese aquí maniobrando.

Poco a poco, acelero el ritmo del movimiento de mis dedos en mi sexo y el baño se inunda con mis gemidos. Más, mi cuerpo pedía más y eso hago. Me penetro una y otra vez con mis dedos, froto el clítoris al mismo tiempo hasta que estallo en un sonoro orgasmo. Mi mano se empapa al instante, mientras todo mi cuerpo tiembla.

—Oh, joder. Vaya si lo necesitaba —exhalo aun con la mano metida en mi entrepierna.

Para no caerme al suelo, me apoyo sobre la encimera del lavabo, me miro y sonrío. No, directamente me río por lo que acabo de hacer.

Saco la mano y abro el grifo de agua fría para lavarla bien. Me enjabono bien ambas manos y froto para asegurarme de no dejar restos.

Sigo riéndome un buen rato después y notándome mucho más ligera.

A las nueve en punto estoy en el hall de la recepción, con el equipaje y el check-out hecho ya. Chloe Baker, que así se llama mi casera, me manda un mensaje para decirme que está en la acera aparcada, así que agarro con fuerza el asa de la maleta y salgo en su busca.

—-¿Nessa Larsen? —pregunta una joven de cabello del color más rojizo que jamás haya visto y que está parada junto a un Tesla enorme.

—-Soy yo —digo, mientras desciendo las escaleras con cuidado de no volver a liarla con la

maleta otra vez.

—-Encantada, soy Chloe. —Se acerca a mí, en cuanto llego al final de las escalera, y me da la mano—-. Trae, deja que te ayude —-dice.

—-No sé si…

—-¡Jesús! ¿Traes a un muerto aquí dentro? —-exclama al tirar del asa. Apenas logra moverla unos milímetros.

—-Pesa un poco, lo sé. Y eso que el resto del equipaje llegará en unos días —-comento a modo de disculpa.

—-No pasa nada, no eres la primera que viaja con equipaje pesado. Entre tú y yo, es muy típico nuestro, muchos «por si acaso» que nos ocupan gran parte del espacio. —-Me río a carcajadas porque tiene razón en lo que dice, siempre metemos cosas que intuimos vamos a necesitar en nuestros viajes y luego no usamos ni la cuarta parte del equipaje.

—-Bueno, en mi caso, sí creo que voy a necesitar todo esto.

—-Es verdad. Me habías comentado que venías en busca de un cambio, ¿no es así? Inspiración, creo recordar…

—-Sí, una vida nueva, por así decirlo —-le confirmo.

—-Bueno, pues, estoy segura de que aquí en Escocia lo vas a encontrar. Quién sabe, tal vez hasta te acabes enamorando de uno de nuestros guapos muchachos y decidas quedarte aquí para siempre —-bromea. Entre las dos llevamos la maleta hasta el maletero del coche.

—-Ya… Eso del amor mejor lo dejamos para alguien que sí esté buscando eso. Yo, por el momento, me declaro en huelga sentimental. —-Con todo dentro, Chloe cierra el maletero.

—-Me huelo que hay una historia de desamor por ahí rondando…

—-Más bien de traición —-confieso.

—Hum. —-Se cruza de brazos y me mira. Puedo escuchar los engranajes de su cabeza dando vueltas—-. Esto necesita de una buena charla entre mujeres. Vamos a un sitio, antes de llevarte a ver tu nuevo hogar —-dice, y se acerca a la puerta del coche—-. Bueno…, si quieres, claro. —Sonrío y asiento.

—-Sí, claro. Una charla femenina no me vendría nada mal, y así podrías darme algún consejo de qué visitar los próximos días.

—¡Genial! Dalo por hecho. —Y ambas nos subimos al coche.

6. Un barrio llamado Dean Village

Dejamos la Old Town atrás y nos adentramos en la zona más nueva, por así decirlo, de la capital. Se llama New Town porque se construyó después de la ciudad vieja, pero no son edificios modernos. Al contrario, son construcciones que tienen más de cien años y que, en su gran mayoría, no tienen más de cinco alturas. Eso le otorga a la ciudad una armonía preciosa.

Chloe me va contando detalles sobre la marcha en cada cruce o semáforo en el que nos detenemos. Ambas tenemos treinta y dos años, tal vez por eso hemos conectado tan bien. Es una joven risueña y con mucha energía, por lo que voy comprobando. Y ama su país, como buena escocesa que es.

No tardamos mucho en llegar al barrio donde me alojaré los próximos meses. Según vamos avanzando por esas callejuelas estrechas, mi asombro va subiendo de niveles. Este lugar es un auténtico cuento de hadas sacado de los libros. Un barrio de lo más pintoresco y romántico que jamás hayan visto mis ojos.

—Madre mía, es precioso —verbalizo maravillada.

—Bienvenida a Dean Village, señorita Larsen —comenta Chloe a mi lado.

—Siento unas ganas inmensa de sentarme a escribirle una historia a este lugar.

—¡Es verdad! Me habías dicho que eras escritora —exclama maravillada, como si acabase de hacer un gran descubrimiento.

—Sí, bueno… eso intento desde hace meses, pero sin tener mucho éxito. —La confesión involuntaria que sale por mi boca me golpea con dureza.

—¿Han bajado las ventas?

—Han bajado mis ganas de escribir, por así decirlo —suspiré con desgana.

—Hum. —Detiene el coche delante de unos edificios de color amarillo—. Venga, te ayudo a subir el equipaje, te explico el funcionamiento de la casa y nos vamos a tomar un whisky al bar de Rhys —dice.

—¿El bar de Rhys? ¿Es tu novio? —pregunto. Ella estalla en carcajadas, saca las llaves del contacto y me mira.

—Qué más quisiera, pero no. Rhys es un buen amigo, muy cotizado por las mujeres del barrio, pero un solitario. Es el dueño del único pub que encontrarás por esta zona y que tenga ambiente. También es músico…, o lo fue, al menos —me explica.

—Ah.

—Venga, vamos. —Y sale del coche con entusiasmo. Me fascina su energía, me recuerda mucho a mi hermana. Se llevarían a las mil maravillas, estoy segura.

En cuanto me bajo del coche, escucho el sonido del agua. No puedo evitar acercarme al borde de

la carretera y ver con absoluto asombro la estampa navideña que tengo ante mis ojos.

En ambas orillas aún hay algún que otro manto blanco que me cuenta la historia de un pueblo nevado lleno de historia. Cierro los ojos, respiro bien profundo y siento cómo la magia de Escocia se va incrustando en mis huesos.

—Bonito, ¿verdad? —La voz de Chloe me trae de nuevo a esta realidad.

—Precioso. En serio, creo que hasta podría escribir una saga de fantasía ahora mismo. Este lugar invita a un sinfín de historias y todas las quiero escribir yo —contesto con gran emoción.

—Bueno, me alegro que mi hogar te ayude a recuperar el ánimo. —Abre el maletero y se dispone a cargar ella sola con la maleta gigante. Me acerco a ella corriendo y la ayudo a bajarla.

Suerte que aparcó en la propia puerta porque si tenemos que arrastrar este muerto por la cuesta empedrada…

—Ya verás, te va a encantar este sitio. Todos acaban enamorados de Dean Village —comenta, mientras saca un juego de llaves de su pequeño bolso de tela.

—-Bueno, apenas he visto nada y ya estoy enamorada, así que no me extraña que los turistas lo tengan en tan alta consideración —afirmo.

La edificación amarilla consta de cuatro apartamentos dúplex con dos entradas independientes para cada dos departamentos. Ambas puertas son de un color rojo chillón, similar al de las cabinas telefónicas tan míticas de las islas británicas.

Cruzamos el umbral y nos encontramos con dos puertas blancas a ambos lados. Chloe señala a la de la izquierda y mete la llave en la cerradura. Abre la puerta y, cuando entramos, me quedo impresionada. Había visto las fotos por internet, pero no le hacían justicia.

Los próximos meses viviría en esa pequeña casita de colores blanco y verde azulado, de estilo vintage casi toda la decoración y super acogedora.

La entrada da acceso directo al salón-comedor y cocina, todo de estilo abierto y muy luminoso. En el centro de la sala, una enorme chimenea de la que emana un calor agradable y nada agobiante.

—La cocina no es muy grande, tiene lo justo para cocinar y hay varios utensilios, pero tú puedes comprar los que necesites —comenta Chloe. Deja las llaves sobre un recipiente de madera que descansa sobre una repisa y se acerca al fregadero—. Todo es eléctrico, no tendrás problema de quedarte sin agua caliente. Lo único que es de gas es la chimenea —me explica.

—¿Y tengo que encenderla de alguna forma o …?

—Oh, no, tranquila. Se enciende y se apaga ella sola. Instalamos un sistema domótico por el que se suministra el gas de forma automática cuando se conecta. Hay un temporizador aquí, mira. —Señala a un lado de la pared de la cocina, bajo uno de los armarios. Me acerco y veo ahí la estación domótica.

Chloe me da varias indicaciones y me explica cómo manejarla, en caso de que algo falle, pero que si me veo con problemas, que la llame porque sabe que cuesta hacerse a ella al principio.

—Bueno, ahora viene lo más complicado —dice. Alzo una ceja y la miro intrigada—. Las habitaciones están en el piso de arriba y la escalera es algo estrecha… —Señala a la gigantesca maleta.

—Oh, no te preocupes. Iré subiendo poco a poco la ropa, ya la moveré cuando esté más vaciada y no pese tanto —me apresuro a decirle.

—Si vas a deshacerte del muerto, tíralo al río por la noche, cuando nadie te vea —bromea, y me guiña un ojo.

Suelto una carcajada.

—Lo tendré en cuenta.

Me muestra el resto de la casa y dónde están las cosas para la limpieza. Luego, me entrega el juego de llaves, me explica cómo funciona cada una y abandonamos el apartamento en dirección al bar de Rhys.

7. MÚSICA, WHISKY Y BUEN AMBIENTE

No caminamos mucho, ya que nuestro destino se encontraba al final de la calle. En el último edificio de piedra, junto al puente, encontramos el famoso bar donde, al parecer, se congrega casi todo el vecindario.

A la entrada, hay dos mesas de madera típicas de las zonas para picnic y con algo de escarcha. Eso no impide que algunas personas se congreguen alrededor de una de ellas, bebiendo y dialogando de forma distendida.

Chloe saludó a varios de ellos e hizo las debidas presentaciones.

El sonido de la música me golpea nada más abrir la puerta y me encuentro con un local pequeño, coqueto y lleno de gente escuchando con suma atención al concierto en directo que tiene lugar al fondo del local.

—¡Hola, Chloe! —saluda una camarera, joven y de cabellos dorados como el sol.

—¡Hola, Mía! —responde ella.

—Acaba de quedar libre la mesa de tu rincón favorito, por si quieres…

—No, tranquila. Hoy tomaremos algo en la barra. Dejaremos la mesa para los comensales, no vaya a ser que a tu hermano le dé un infarto por ocupar un espacio solo para beber —responde Chloe con tono de burla. Ambas se ríen.

—Pues, lo tienes en la barra resoplando —informa Mía.

—¡Qué raro! ¿Rhys en formato gruñón? Nunca lo habría jurado. —La chica volvió a reírse pero esta vez con más fuerza.

—Esta vez tiene motivos, el distribuidor de la cerveza de grifo se equivocó con un pedido y ahora mismo se nos acaba de agotar esa bebida. Lo llamó, pero el hombre dijo que ya no podía hacer nada y que se tendría que apañar con ese barril hasta el siguiente pedido —le explica.

—Bueno…, yo también estaría en versión gruñona, si me hiciesen una guarrada así —dije. La joven desvía la mirada hacia mí y veo un brillo hermoso, una mirada cristalina. Con ese color de pelo y los ojos tan claros, bien podría pasar por una rusa.

—Oh, disculpa. Mía, esta es Nessa. Se alojará en uno de los apartamentos y la tendremos por aquí durante un tiempo largo —se apresura Chloe a presentarme.

—Encantada. ¿Un cambio de aires? —saluda Mía.

—Más bien un cambio de vida…, y de inspiración —respondo con cierta resignación, pero sin perder la sonrisa.

—Es escritora y viene en busca de nuevas musas —explica Chloe.

—Oh, vaya. Pues, estás en el lugar indicado. Escocia siempre ha logrado inspirar grandes historias. No eres la primera en venir en busca de un cambio. ¿Quién sabe? A lo mejor encuentras

mucho más que inspiración —dice y me muestra la sonrisa más increíblemente atractiva. Si me gustasen las mujeres, ella sería mi tipo.

—¡Mía! —se escucha una voz masculina a lo lejos.

—Jesús —resopla ella y pone los ojos en blanco—. Será mejor que continúe con mi trabajo o alguien me echará a dormir en la terraza —dice y se pierde entre las mesas abarrotadas de gente.

—Vamos a la barra y te presento al gruñón de su hermano —comenta Chloe, entonces.

—Como tenga la mitad de la genética de Mía, será todo un regalo para el ojo —solté sin darme cuenta.

Chloe no dijo nada, tan solo se rio a carcajadas mientras avanzamos entre las mesas.

Justo en el momento en el que alcanzamos la barra, quedan libres dos taburetes que secuestramos sin preguntar a nadie. Nos acomodamos bien y dejamos las chaquetas colgadas de unos pequeños ganchos que hay bajo la barra.

No sé cuántas personas podremos estar ahí mismo, pero bien se podría decir que todo el vecindario está aquí dentro.

Al fondo de la barra distingo un pequeño cuarto del que sale un aroma a comida embriagador. Segundos después, un hermoso ejemplar de macho escocés sale cargando con tres platos en los brazos.

—¡Dixon! ¡No te olvides del pedido de la mesa seis! —le dice a quien quiera que estuviera en esa ínfima cocina—. Ah, hola, Chloe. Ahora mismo os atiendo —saluda al pasar por nuestro lado.

—Y ese es Rhys —me susurra ella.

No puedo evitar seguirlo con la mirada, su forma de moverse tiene algo magnético que me impide desviar los ojos de él. Está claro que es un hombre alto y que también se cuida porque no le encuentro ni un ápice de grasa, aunque tal vez, bajo ese jersey gris se encuentren varios michelines escondidos.

Me fijo en cómo interactúa con los comensales de la mesa donde deja los platos, mostrando una amplia sonrisa y de lo más seductora. Lo observo mesarse el pelo, un cabello algo más oscuro que el de su hermana, pero dorado igualmente. Intuyo que sus ojos son iguales a los de Mía.

—Ahora entiendo lo que me habías dicho sobre él —comenté sin dejar de mirarlo y sin saber si Chloe me habría escuchado.

—Te lo dije, es el hombre del momento. —Sí, al parecer me había escuchado bien.

Sé que debería de romper mi escrutinio, pero mi cuerpo no reacciona. Lo que me resulta increíble es lograr escuchar el sonido de su risa entre el bullicio de la gente y la música del grupo que está dando un maravilloso concierto folk.

Justo cuando decido desviar la mirada, él clava sus ojos en los míos. Permanece fijo en mí, mientras escucha con atención lo que uno de los comensales le está contando. Asiente y sonríe, y a mí creo que se me para todo el cuerpo. Guapo es decir poco. Si me dicen que los ángeles existen, me

lo creo porque tengo ante mí a uno recién caído del cielo.

Saco fuerzas de algún rincón de mi interior que ni conozco y me giro para hablar, o más bien distraerme, con una Chloe que me observa divertida.

—Acabas de ser tocada por el poder de Rhys, amiga. Bienvenida al club de las que suspiramos por él —comenta entre risas.

—¿Dais chapitas y banderitas como en las elecciones americanas? —continuo con la broma.

—¿Qué os sirvo, señoritas? —La voz del hombre que había secuestrado mi visión hacía unos instantes emergió ante nosotras. Di un salto en el taburete, no me esperaba que apareciese tan rápido.

—Muchas cosas, ya lo sabes —coquetea Chloe con él, quien le muestra una amplia sonrisa mientras sujeta una jarra de cerveza bajo el caño. El líquido dorado cae de forma suave y llena el cristal, formando una gruesa capa blanca.

—Y tú ya sabes que hay ciertos deseos que son muy caros de conseguir —responde él, me mira y me guiña un ojo. Un cosquilleo recorre toda mi columna vertebral y el aire abandona mis pulmones.

—Para mi desgracia, y la de todas las mujeres del mundo… —suspira ella.

—¿Lo de siempre, Chloe? —Ella asiente—. ¿Y para tu amiga? —pregunta y vuelve a clavar en mí esos dos océanos azules. Abro la boca para contestar, pero Chloe se adelanta.

—Deja que os presente. Rhys, esta es Nessa. Es escritora y mi inquilina, se quedará por aquí una temporada —nos presenta.

—Encantado. ¿Qué escribes, si no es mala pregunta? —quiso saber él.

—Ahora mismo, nada —contesto con resignación.

—Mm, eso suena a bloqueo profesional. —Toma un paño, seca el culo de la jarra y se la entrega a unos chicos que están junto a nosotras.

—Y uno muy grande —resoplo.

—Viene en busca de inspiración y de aires nuevos, así que pórtate bien con ella —interviene Chloe.

—¿Cuándo demonios me he portado yo mal con alguien? —protesta él, pero sin dejar de mostrar esa sonrisa tan hipnótica.

—¿Por dónde quieres que empiece? —se burla ella y él responde poniendo los ojos en blanco, lo que hace que suelte una risa por la situación tan cómica que estamos viviendo.

—Venga, a la primera ronda os invita la casa —dijo Rhys y comienza a llenar dos vasos grandes de cerveza—. ¿Puedo preguntar qué tipo de novelas escribes? —pregunta mientras sujeta el vaso bajo el líquido dorado.

—Diría que mi género es la romántica, pero… —Y me callo porque recordar el motivo de mi bloqueo con el género que tantos buenos momentos me ha dado duele más de lo que pensaba.

—¿Pero? —insistió él.

—Pues que me siento un fraude. ¿Qué clase de escritora de romántica soy, si ya no creo en el amor? —confieso, al fin.

—Uy, eso no suena nada bien —expresa Chloe.

—Lo sé, por eso estoy aquí, buscando algo que me devuelva la ilusión por mi trabajo —digo.

Rhys deposita el primer vaso de cerveza ante mí y continúa llenando el de Chloe. En esa ocasión, la cerveza es de un color tostado oscuro. Supongo que es lo que ella suele tomar y por eso él no tuvo necesidad de preguntarle nada.

—Entonces, San Valentín tendrá que darte cien mil patadas —comentó él.

—Bueno, no… O sea, antes me gustaban esas cosas, pero…

—Habrá que hacer que recuperes la confianza en el amor, no podemos perder a una artista por un idiota. —La seguridad en sus palabras me sombran y lo miro sorprendida—. No eres la primera persona que sufre de desamor y viene a Escocia en busca de un reinicio, tranquila. Nosotros te ayudaremos a reconectar con tu yo romántico interior —dice y me guiña un ojo al mismo tiempo que deja sobre la barra la bebida de Chloe.

Se despide de nosotras y se va al otro extremo de la barra para atender a una pareja que acaba de entrar.

—¿Siempre es tan atento con todo el mundo? —pregunto y le doy un primer trago a mi bebida —. ¡Oh, madre mía! ¡Está buenísimo! —exclamo al notar ese sabor amargo descender por mi garganta.

—¿Quién, Rhys o la cerveza? —se burla Chloe. La miro y la veo sonreírme de forma divertida mientras degusta su bebida.

—Ja, ja, muy graciosa. Aunque…, ambos están muy buenos —contesto y estalla en carcajadas.

Los acordes de una nueva canción suenan de fondo y todo el bar estalla en una enrome algarabía. Algunos, incluso, se pusieron a bailar en un diminuto espacio entre el escenario y las primeras mesas del local.

Nosotras permanecimos allí durante largo tiempo, hablando y cantando en alguna que otra ocasión porque, para sorpresa de Chloe, soy conocedora de la música folk escocesa.

Apenas llevo dos días en Escocia y ya me siento como en casa.

8. CONFESIONES QUE CALMAN EL ALMA

Me había costado unos días acostumbrarme a la paz y el silencio de la calle. No es que no hubiese nadie, porque Dean Village es una zona con mucha afluencia turística. Casi todos los días te encuentras con varios grupos de personas sacando fotos desde varias perspectivas, pero, aun así, no hay ese bullicio ni ese ruido ambiental que te encuentras en una ciudad como Nueva York.

Todas las mañanas me tomo mi primer desayuno sentada en la repisa de la ventana del saloncito, al calor de la chimenea que aún calienta el ambiente invernal de finales de enero. Me encanta darle pequeños sorbitos al té mientras admiro la estampa blanquecina al otro lado del cristal. Se había convertido en mi ritual favorito.

El portátil descansa en la mesa redonda que había colocado junto a la ventana al día siguiente de haberme instalado. Quería impregnarme de la magia del lugar para inspirarme…, pero nada de eso había ocurrido.

No he escrito ni una coma desde esa explosión de ideas la primera noche en Escocia y eso me tiene bastante frustrada. Varias ideas de un borrador esbozadas en un documento de Word, pero nada más. Un fiasco enorme.

Mi móvil vibra con fuerza sobre la repisa de madera de la chimenea. Me acerco para ver de qué se trata y veo un mensaje de mi hermana.

> *«Espero que te lo estés pasando bien en tu nueva vida y hazme un hueco porque pronto iré a hacerte una visita. ¡Ah! Y espero que, cuando llegue, ya tengas a un buen escocés metido en tu cama, hermanita, o tendré que darte una buena sacudida. ¡Te quiero, sis!»*

El mensaje va acompañado por una foto de ella sujetando a un enorme murciélago negro y rojizo y sin dejar de sonreír como una idiota. Aunque creo que esa felicidad no era por el animal en sí, sino más bien por el joven que está a su lado. No puedo evitar reírme.

Dejo el teléfono de nuevo en su sitio y llega otro aviso. Resoplo, divertida al pensar que sería otra foto de Taty, pero es un mensaje de Chloe.

«No me mates, Nessa, pero me acaba de llamar el chico del seguro para ir a arreglar la caldera de uno de los apartamentos de Stockbridge y tengo que ir o no sabe para cuándo podrá darme cita de nuevo. Ya siento mucho no poder acompañarte hasta Hollyrood y dar un paseo por el parque, pero podemos vernos más tarde en el pub, si quieres…»

Suspiro porque en verdad que me apetecía ir con ella a conocer la vieja Edimburgo, pero entiendo que las circunstancias son las que son. Le contesto con un OK y que no se preocupe, que

me las puedo apañar yo sola.

Chloe se había convertido en lo más parecido a una amiga, aparte de ser mi casera. Habíamos conectado muy bien desde el primer día y nos encontrábamos casi todos las tardes en el bar de Rhys.

Otro suspiro se escapa de mi boca, pero esta vez no es por nada tedioso. La imagen de esa perfección hecho hombre me arranca hasta un gemido involuntario. En verdad que jamás nadie me había eclipsado de esa forma, ni siquiera Paul.

—A la mierda —maldije en voz alta.

Me termino el té de un trago y dejo la taza dentro del fregadero. Quedarme en casa no me iba a ayudar a activar mis musas, así que decido que me iré yo sola a recorrer las calles de la Old Town.

Subo al piso de arriba y abro el armario en busca de ropa cómoda y que abrigue para pasar el día perdida por la mágica Edimburgo. Unos leggins negros cuyo interior eran una manta de borreguito, un jersey blanco y botas cómodas para poder caminar sin resbalones involuntarios.

—Te vas a caer igual, Nessa, no seas ilusa —bromeo conmigo misma, mientras me anudo los cordones de las botas y me rio sola.

Una alegría comienza a apoderarse de mí en cuanto me dirijo hacia la planta baja y se instala en mi cara esa sonrisa enamoradiza. Tal vez Chloe y Rhys tengan razón y este país me esté haciendo recobrar la fe en ese sentimiento tan fuerte.

Me pongo el plumas rojo, bufanda, gorro y guantes blancos, y voy en busca del móvil. Con la mochilita llena de lo imprescindible, salgo del apartamento feliz y decidida a aventurarme sola por las calles de la capital.

No tengo coche, aún no alquilé ninguno porque me gusta pasear y conocer el entorno, así que preparo para una buena caminata hasta el destino elegido.

Nada más salir por la puerta empieza mi aventura, ya que un resbalón con la piedra helada de la acera hace que mis pies se pongan a realizar un baile sin sentido alguno. Suelto un grito de sorpresa, porque me veo ya de culo en el suelo, pero logro agarrarme con fuerza a la barandilla de la entrada.

Varias personas que observan los edificios al otro lado del río, y que escucharon mi grito, miran en mi dirección y sonríen, aunque se nota que se están conteniendo una carcajada.

—Muy bien, Ness. Así se empieza bien una aventura —digo al mismo tiempo que me recoloco la ropa de nuevo.

Emprendo camino hacia Princess Street y, como ya me conozco el camino, no tengo la necesidad de llevar el GPS del móvil conmigo.

Al llegar al final del camino peatonal de mi calle, me encuentro con Rhys en la entrada de su bar. Lleva un pantalón deportivo y una sudadera que le quedan de infarto.

—Buenos días, escritora —me saluda con esa hipnótica sonrisa con la siempre recibe a todo el mundo.

—Bueno días, corredor. ¿No hace un poco de frío para ir tan ligero de ropa? —le respondo.

—En cuanto empiezas a correr, ya no lo notas. Es cuestión de acelerar el ritmo cardiaco y el calor te llega al instante.

—Ya, bueno… Casi que prefiero calentar mi cuerpo de una forma menos cansada —suelto sin pensarlo y me doy cuenta al instante de cómo suenan mis palabras.

—Bueno, yo también prefiero otras formas de entrar en calor. —Creo que mi cara se ha vuelto del mismo color que el plumas que llevo puesto—. ¿Vas de paseo? —me pregunta y doy gracias por ese cambio de dirección en la conversación.

—Iba a ir con Chloe a ver Hollyrood y la silla de no sé qué… —Rhys estalla en carcajadas y me quedo algo intrigada por saber qué le ha causado tanta gracias.

—La silla de Arturo, es una colina desde la cual se tienen unas vistas de toda la ciudad impresionantes —explica cuando deja de reírse.

—Ah, sí, eso.

—¿Quieres compañía o prefieres ir sola? —La invitación me deja un tanto descolocada y a la vez me acelera el pulso.

—Me vendría bien una compañía que logre mantenerme en pie y sepa cómo devolverme a casa sana y entera —digo y se vuelve a reír.

—Vale, me aseo, me cambio y estoy listo. Ven, no esperes aquí fuera —comenta mientras abre la puerta del bar.

—Eh… ¿Te espero en el pub? —pregunto intrigada.

—Si lo prefieres, pero puede que estén más cómoda en el salón de mi casa. —Lo miro con extrañeza y él sonríe—. Vivo encima del bar, creía que lo sabías —explica. Se hace a un lado para dejarme entrar primero y cierra en cuanto estamos los dos dentro.

—Pues, no lo sabía, la verdad.

—Bien, ya sabes algo más de mí —dice al pasar por mi lado, con un andar de lo más sensual…, o tal vez es mi mente sucia la que ve cosas irreales—. Por aquí —me indica al llegar a una puerta junto a la entrada de la barra.

En cuanto la abre, veo unas escaleras estrechas que llevan al piso de arriba. Sigo sus pasos con suma atención de donde piso para no acabar con mi trasero en el suelo.

Llegamos al final y entramos directos a una pequeña estancia con decoración rústica. Una salita muy acogedora y calentada por una chimenea situada en la pared del fondo. Veo una cocina de estilo abierto, como la mía, pero con la misma decoración que el resto de la sala.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta, abriendo la nevera y sacando una botella y dándole un trago.

—No, gracias. Acabo de tomarme un té y no quiero meter más líquido a mi estómago, si voy a caminar —respondo.

—Una decisión inteligente. —Sonrío de forma tímida y comienzo mi escrutinio por la estancia —. Bueno, me doy un aclarado rápido y soy todo tuyo.

—¿Qué? —digo asombrada y casi atragantándome con mi lengua.

—Que no tardaré mucho, siéntete como en tu casa —contesta con una sonrisa burlona. Deja la bebida en la repisa de la nevera, la cierra y desaparece por la puerta que hay entre la cocina y la pared del mueble del salón.

Suelto el aire contenido en los pulmones y miro a mi alrededor. El olor es…, algo así como acogedor. A casa, huele a casa, a un hogar cálido. Se respira mucha paz.

Recorro las paredes del pequeño salón y me detengo en una repisa de madera sobre el sofá. Hay una hilera de fotos enmarcadas donde se ve a un Rhys sonriente y bastante más joven. Eso me hace preguntarme cuántos años tendrá.

De fondo, escucho el sonido del grifo al abrirse y no puedo evitar sentir celos de esa agua que estará acariciando su cuerpo…

—Dioses, Nessa. Para —me regaño a mí misma.

Me concentro en mi escrutinio de las fotos para alejar esos sucios pensamientos de la mente. Son diferentes fotos de él con un grupo de amigos, casi siempre son los mismo, y todos están con algún instrumento. Se le ve feliz, sonriente.

Una de ellas tiene unas letras algo borrosas que no logro distinguir. Me acerco y la cojo para ver mejor lo que dicen. En la imagen se ve a Rhys sentado en una camioneta roja, con una guitarra, y al fondo un cartel que dice Nashville.

—Hala —susurro con asombro.

Mis ojos se van hacia una esquina de la sala y veo una guitarra. No, veo la misma guitarra que la de la foto.

—Veo que has encontrado al Rhys músico —dice a mis espaldas, y me sobresalto dando un pequeño gritito—. Perdón, no pretendía asustarte —. En algún momento entre el instante en que se metió a la ducha y mi escrutinio por sus fotos, debieron de pasar horas porque está perfectamente aseado y vestido, como si no hubiese salido a correr ni nada. De verdad que este hombre le quita el hipo a cualquiera.

—No…, no, yo estaba viendo las fotos y no te escuché… —Rhys avanza hacia mí, sin desviar su mirada de la mía.

—Esa fue mi última foto de un tiempo muy lejano ya —dice y toma la foto con la mano, en cuanto llega a mi altura.

—¿Eres músico?

—Era, ya solo toco la guitarra de vez en cuando y a solas. Para no perder esa parte de mí —explica. Deja la foto de nuevo en su lugar y vuelve a fijar los ojos en los míos.

—¿Por qué lo dejaste…? ¿Y cuántos años tienes? —Él estalla en carcajadas al ver mi expresión de intriga. No puedo evitar contagiarme de ese sonido tan maravilloso que hace que todo mi cuerpo vibre.

—¿Cuántos crees que tengo?

—Pues…, no sé. Mayor que yo, fijo —divago en busca de la respuesta correcta.

—Bien, ¿cuántos años tienes tú?

—Treinta y dos.

—Bueno, pues yo tengo ocho más que tú.

—¡¿Ocho?! —exclamo con asombro.

—¿Son muchos?

—No, es solo que… Jesús, no aparentas más de uno o dos años más que yo. —Esa hipnótica media sonrisa asoma en su rostro y el aire abandona mis pulmones.

—Gracias, pero tengo cuarenta. Y el de esa foto tiene veinticinco años —dice, señalando al cuadro.

—¿Has estado en Nashville?

—Así es. En realidad he recorrido todo Estados Unidos con el grupo de música que tenía en aquella época.

—Wow —exhalo pasmada.

—No sé de qué te asombras, tú eres americana, es tu tierra.

—Ya, pero nunca me dio por recorrer mi país de esa forma. De hecho, no te creas que conozco gran cosa de él.

—Pues te pierdes un bonito viaje —dice.

—Lo sé —contesto resignada—-, pero la vida me cambió un poco y me volví algo sedentaria, aunque siempre fue uno de mis sueños. Caravana y recorrer el país en ella.

—¿Y qué te lo impidió?

Resoplé al echar la vista a mis recuerdos de antaño, una vida que la siento ya muy lejos, pero que terminó de una forma demasiado dolorosa.

—Yo… —balbuceo.

—Tranquila, no tienes que contestar, si no quieres. Veo que algo te causa dolor y no quiero provocarte malestar —interviene.

—No, yo… es que… Tuve una relación demasiado larga y tóxica, en sus últimos años y… no acabó muy bien. Al menos, para mí. Para él está claro que no le supuso ningún problema cambiar de cama. —Las palabras salen de mi boca como una necesidad por sacarme la espina clavada de una ver por todas.

—Si no quieres continuar con el tema, lo entenderé. Es algo personal tuyo y…

—Estoy bien…, o lo estaré. En algún momento dejará de doler —respondo, acompañado de un largo suspiro.

Rhys se acerca más a mí y apoya ambas manos sobre mis hombros, lo que hace que mis ojos se vayan directos a los suyos.

—El desamor es muy doloroso, se tarda en curar, pero el olvido de lo que te dañó no llegará nunca. Es una lección que se queda con nosotros y que es mejor recordar siempre para no volver a cometer los mismos errores. Pero volverás a ser feliz, ya lo verás. Llegará un día en que mirarás al pasado y sonreirás. Incluso le darás las gracias —me dice con una calma y tal seguridad en sus palabras que hace que todo mi cuerpo se caliente.

—Se nota que eres un hombre sabio, debe ser por la edad —respondo en tono burlón, lo que hace que estalle en carcajadas.

—Anda, vamos, o se nos echará el día encima —dice entre risas. Y abandonamos su apartamento.

9. SUBIR UNA SILLA NO ES TAN FÁCIL COMO LO PINTAN

Llegamos al aparcamiento del parque de Holyrood, a los pies de la famosa Silla de Arturo, en unos minutos. Rhys, en cuanto le había explicado cuáles eran los planes iniciales que tenía con Chloe, decidió venir en coche. Había intentado negarme, porque en verdad que me apetecía andar, pero él afirmó:

—Créeme, no querrás volver caminando, después. —Y me hizo subir a su deportivo azul oscuro.

El sol de invierno calienta sobre nuestras cabezas y nos encontramos con un día del todo despejado. Las zonas aledañas al palacio y al parque están a rebosar de turistas y coches circulando por ahí.

Cuando me bajo del vehículo, miro en derredor y me asombro del manto blanco que cubre todo. A pesar del cielo despejado y el sol que hace, no hace un calor sofocante.

Me arrebujo bien en mi cazadora y ajusto el gorro en la cabeza.

—¿Lista? —pregunta Rhys, que aparece a mi lado ajustándose su cazadora.

—¿No llevas gorro ni nada? —pregunto al ver el poco abrigo que lleva puesto.

—Soy escocés, estoy habituado a este clima. Además, en cuanto comencemos la subida, me sobraría la mitad de las cosas. —Me quedo mirándolo, pensativa—. ¿Qué?

—¿Debería dejar yo el gorro y la bufanda?

—No, tranquila. Si ves que te molestan, me los das a mí y yo cargo con ellos, no te preocupes. —Rhys me hace un gesto con la cabeza en dirección al sendero de subida y yo asiento.

—Oh, qué caballeroso —bromeo.

—Solo cuando la dama lo merece —dice y me guiña un ojo. Ese gesto de complicidad me corta el aire y hace que una corriente eléctrica recorra toda mi espalda. ¿Qué demonios me pasa con ese hombre?

Siguiendo las indicaciones y consejos de Rhys, tomamos el sendero de la derecha porque se consideraba el más liviano de los tres. Es más largo, pero más fácil de hacer. Mientras caminamos, me va contando historias sobre la vieja Edimburgo. Muchas de ellas ya las conozco, pero me gusta escucharselas a él.

Una hora más tarde, y tal y como Rhys había dicho, me empezaba a sobrar todo, menos el oxígeno. Ese, al parecer, había decidido abandonarme.

—¿Quieres dar la vuelta? —pregunta él y veo que está conteniendo la risa.

—Jamás. Sería el hazme reír de mis compatriotas americanos y somos muy orgullosos —resuello con orgullo.

Rhys se carcajea ante mi dificultad para tomar aire y hablar al mismo tiempo. Indignada, le doy

un codazo en el costado. Esa acción hace que mis pies patinen y vea mi cara peligrosamente cerca del suelo.

—Te tengo —dice él, que me sujeta con fuerza del brazo.

—Gracias —contesto. Me ayuda a ponerme derecha de nuevo, pero vuelvo a patinar y acabo entre sus brazos.

—¿Debo preocuparme por tu falta de equilibrio? —bromea. Le saco la lengua sin pensarlo y se ríe—. En serio, se podría decir que tienes pies de mantequilla —prosigue con las burlas.

—Uy, y las manos también. Tranquilo, tengo el pack completo.

—Entonces, tal vez debamos hacerte un seguro a todo riesgo

—Ya lo he intentado, pero dicen que no les salgo rentable. Demasiados accidentes en un solo día. —Estalla en carcajadas y me acabo contagiando de ese sonido tan vibrante.

Me separo de él, pero sin soltarme de su mano hasta estar segura de que piso zona firme. Rhys me observa divertido, manteniendo un agarre ligero de nuestras manos y caminando a mi lado.

Media hora más tarde, llegamos a la cima y, por suerte, no hubo más infortunios por el camino. Cierro los ojos y respiro bien profundo, llenado por completo los pulmones de ese frescor navideño. Con ayuda de él, nos acercamos al borde de la colina y me quedo maravillada con esa visión.

Toda la capital, hasta donde alcanza la vista, está cubierta por un manto blanco. Tejados y calles con una buena capa de nieve que hace que parezca un cuento de hadas navideño.

—Precioso —suspiro con emoción.

—¿Por qué elegiste este destino? —quiere saber él, que está parado junto a mí.

Ladeo la cabeza para mirarlo y lo veo observarme con atención.

—Siempre tuve una gran conexión con este país, hay algo en Escocia que me atrae como la miel a las abejas. No sé cómo describirlo, la verdad. Es algo que…, algo que se siente desde lo más profundo del alma. Sé que suena cursi, pero…

—No, para nada. Te entiendo muy bien —me corta él. Desvía la mirada y la fija en el horizonte. Es entonces cuando soy consciente de que nuestras mano aún están sujetas.

—¿Tú has sentido algo así, alguna vez? —Rhys llena los pulmones y deja salir el aire con un largo suspiro.

Muevo la mano para soltarme, pero él me lo impide y dice:

—Sí, una vez. Con la música. —En su voz se nota la nostalgia y un pesar que me empuja a querer saber más sobre su historia.

—¿Por qué lo dejaste?

—Por una traición —contestó sin más. No me mira, sigue atento a la lejanía de la ciudad, pero continua hablando: —. Cuando era adolescente, unos amigos y yo montamos un grupo musical. Tocábamos country y folk escocés y amenizábamos muchos eventos del instituto. Mi novia de entonces era la cantante, junto conmigo, que también era voz principal. Luego estaba Colin al

teclado y Josh al bajo. No se nos daba nada mal y nos liamos la manta a la cabeza. Viajamos a Estados Unidos para probar suerte con nuestra música y, aunque fue duro al principio, logramos llamar la atención de un manager.

»Fueron cinco años increíbles, donde recorrimos todo Texas. Tocábamos en bares, fiestas y un sinfín de lugares. Fue un sueño, nuestra música era conocida y aclamada por el público. —Toma aire de nuevo y es entonces cuando me mira, sin soltarse de mi mano. Como si necesitase un punto de apoyo para no rodar por la colina de los recuerdos—. Pero todo ascenso rápido tiene su caída vertiginosa y, tras ese tiempo cosechando logros, a una parte del grupo le parecía que debíamos aspirar a algo más —dijo.

—¿Quién? —pregunto.

—Ingrid, mi chica. Ella… —Cierra los ojos y yo, de forma involuntaria, le doy un apretón en señal de apoyo. Me mira y continua: —Su voz tenía al público encandilado y su físico ayudaba mucho. Era preciosa, no te lo voy a negar. Me sentía afortunado por estar con alguien así y que ella también me hubiese elegido como su compañero —contó.

—Pero te traicionó. —No es una pregunta, sino una afirmación.

—Así es. Tuvo un lio con nuestro manager. Bueno, más bien, mantuvieron una relación paralela a la nuestra, a escondidas de todos. Hasta que…, los pillé en el camarote de uno de los conciertos que dimos en Nashville. ¿Recuerdas la foto de mi repisa? —Asiento en respuesta—. Eso fue dos días antes, cuando firmamos un contrato con una discográfica —dice.

—Rhys…

—Tranquila, estoy bien. Ya no duele, tan solo es un recuerdo de una vida pasada en la que fui feliz y pude cumplir un sueño. —Esa confesión me parte el alma. Sin pensarlo, tiro de él y lo abrazo —. ¿Y esto? —pregunta sorprendido.

—Lo siento mucho, de verdad. Sé lo que duele una traición y la herida tan profunda que deja — le digo.

En respuesta, él rodea mi cintura y me aprieta contra su cuerpo. De alguna forma, ese abrazo me reconforta de tal forma que tengo la sensación de estar en casa.

Nos quedamos así unos minutos hasta que Rhys se mueve y se separa lo justo de mí para poder mirarme a los ojos. Me aparta un mechos de mi cabello castaño hacia atrás y sonríe.

—¿Y a ti? ¿Quién te traicionó? —preguntó sin más.

Un nudo se aloja en mi estómago y trago con fuerza para hacerlo desaparecer. Suspiro y comienzo a contarle mi historia de desamor.

—Al igual que tú, tuve un novio de instituto con el que acabé teniendo una relación de casi trece años. Paul… —Hago acopio de mi fuerza interior para no romper a llorar. Cierro los ojos y tomo aire, sin ser consciente de que una lágrima furtiva se escapa por el rabillo del ojo.

—Eh, no llores, Nessa —dice Rhys al mismo tiempo que pasa el pulgar y limpia el agüilla de mi

mejilla.

—Es que…, aún es muy reciente, la verdad. Yo…

—No tienes que hablar, si no te hace bien —me interrumpe. Lo miro y me quedo embobada en esa mirada tan igual al cielo que nos cubre las cabezas en ese instante.

—Debo hacerlo, debo soltarlo. —Él siente y yo prosigo: —Paul siempre quiso formar una familia, pero su idea era que yo me quedase en la casa a cuidar de nuestros hijos y él fuese el que trabajase.

—Qué mentalidad tan antigua —comenta Rhys y me saca una sonrisa.

—No te haces una idea.

—¿Y qué pasó?

-—Pues, pasó que yo lo alargué todo lo que pude. Puse mil excusas porque, en realidad, me gusta trabajar y ser económicamente independiente. Aunque compartamos gastos y esas cargas, necesito tener mi propio dinero. Tuvimos muchas discusiones sobre ese tema y mi negativa a tener hijos, nunca dejé de tomar anticonceptivos porque no me veía preparada para ser madre.

»Cuando acabé la carrera de Filología inglesa, empecé a trabajar para una pequeña editorial y fue allí donde publiqué mi primera novela. Desde entonces, no he dejado de escribir ni de generar ingresos con mis historias.

—¿A él… le molestaba?

—Mucho porque decía que me pasaba demasiadas horas ante el teclado y que no le prestaba atención. Paul trabajaba mucho en el taller de coches de su tío y decía que odiaba llegar a casa y que su novia no le hiciese ni el más mínimo caso. Nosotros… nosotros no… teníamos dificultades para… em… —Un nerviosismo se apodera de mi cuerpo y mi pie comienza a golpear el suelo de forma involuntaria.

—¿Tenías problemas en el sexo?

—Sí, algo así. Paul tenía un defecto congénito que hacía que… bueno, que no duraba mucho el asunto —atajo la respuesta porque me muero de vergüenza al contarlo.

—Ya veo, sufría de eyaculación precoz. —Asentí, agradecida porque lo verbalizase él y no yo—. Pero eso no debería de haber sido un problema como tal. Existen muchas formas de disfrutar en la cama —dice.

—Ya, bueno, pero él decía que era culpa mía porque ya iba desganado conmigo y que yo no ponía de mi parte. Cuando me hacía daño, apenas se preocupaba por mi bienestar. Decía que era yo que no me esforzaba lo suficiente porque tuvo otras relaciones en el instituto y eso solo le pasaba conmigo.

—Hijo de puta —suelta. Me quedé atónita por su reacción—. Perdona, pero es que no soporto a los mierdas así. No saben cuidar de sus parejas y, encima, las culpan de sus taras.

—Bueno…, lo cierto es que yo… —Rhys toma mi rostro entre las manos y me obliga a mirarlo

fijamente.

—Nunca, jamás te culpes por algo así, Nessa. ¿Me entiendes? Nunca. Ese tipo de problemas no es culpa de nadie, sucede y ya está. — Ay, dioses. Este hombre es maravilloso. Mi corazón se acaba de detener, pero me da igual.

—Gra… gracias —balbuceo, controlando las lágrimas que se agolpan en mis ojos. Pero, esta vez, no son de tristeza, sino de alegría.

No sé qué más decir o hacer, salvo quedarme fija en sus ojos y sentir la suavidad de sus pulgares acariciando mi mejillas. Por un instante, ambas cabezas se acercan y yo tiemblo al pensar en que me va a besar.

—Vamos, te invito a comer —dice, entonces.

—Ajam —contesto, porque es lo único que logra salir de mi boca. Me coge de la mano y emprendemos camino de vuelta a la civilización.

10. Los besos de Carlton Hill

Dejamos el coche estacionado allí mismo y caminamos por la Royal Mile hasta llegar a un pequeño pub de madera, llamado Tolbooth Tavern. Allí, pedimos unas cervezas y unas hamburguesas caseras riquísimas.

Cuando acabamos, y después de degustar unos whiskys escoceses deliciosos, abandonamos la taberna acogedora. Ya en la calle, Rhys me toma de la mano y tira de mí hacia el callejón a nuestra derecha.

—¿Me vas a atracar o a secuestrar? —bromeo mientras sigo sus pasos, sin soltarme de él. Se ríe.

—Solo si me prometes que vas a gritar —contesta.

—Así que te gustan gritonas… —coqueteo.

Rhys se detiene de golpe, me toma de la cintura y me lleva contra un lateral del callejón, dejando mi espalda apoyada en la pared de ladrillos. Se acerca de forma peligrosa a mi boca y pronuncia:

—¿Quieres averiguarlo?

¡Dioses! Los dedos de los pies se me encojen y mis pulmones dejan de funcionar, por no decir de mi corazón. Quería decir sí, pero en lugar de eso, niego con la cabeza.

—Eso pensaba. —Y se separa de mí.

En mi mente aparece una mini yo que me golpea con un bate de beisbol sin dejar de llamarme estúpida y tonta.

No caminamos mucho y pronto salimos a una calle estrecha por la que apenas circulan coches. Cruzamos al otro lado y tomamos un sendero entre vegetación ascendente. Varios transeúntes bajan por el mismo camino y nos saludan con una sonrisa. Rhys va pendiente de mí en todo momento.

Llegamos a lo alto de una colina de menor altura que la famosa silla y en seguida reconozco el lugar, por fotos y vídeos que había visto por la red.

—¡Carlton Hill! —exclamo emocionada.

—¿Ya has estado aquí? —pregunta él.

—Solo en mis sueños, pero lo tenía en mente para estos días —digo. Me siento como una niña pequeña cuando la llevan por primera vez al parque de atracciones.

—Pues ya lo puedes tachar de tu lista de pendientes…

—Oh, créeme que volveré una y mil veces a este sitio. Quiero ver la ciudad en todas sus formas y luces, sobre todo al caer el día.

—Tendré que traerte, entonces a ver algún atardecer desde aquí. —Lo miro con asombro y me guiña un ojo…, otra vez esa complicidad y mi corazón se desboca por completo.

—¿Vas a venir conmigo? —comento de forma coqueta.

—Solo si tú quieres —contesta ladeando la cabeza en un gesto de los más seductor y mostrando

esa hermosa sonrisa que ilumina todo a nuestro alrededor.

—Me gusta tu compañía —continúo con el tonteo—, y si me cantas una canción, será la mejor de las experiencias —aseguro.

La mirada de Rhys se oscurece y veo un deseo salvaje en su semblante que me deja sin aire. Se acerca a mí, baja la cabeza hasta quedar a la altura de mis oídos y susurra:

—Será un gran honor cantar para ti.

¡Joder! Esa forma de hablar…, no, de ronronear me estremece del todo. Por favor, es el hombre más sexy y más sensual que jamás haya conocido. Algo extraño me pasa con él desde el minuto uno que nos conocimos. Ejerce un poder de atracción sobre mí increíble.

Chloe lo llama El efecto Rhys, pero creo que esto es mucho más que una simple atracción por una persona atractiva. Sí, he podido ver cómo lo miran la mayoría de las mujeres del barrio y cómo muchas de ellas lo coquetean e intentan llamar su atención. Tiene mucho gancho, un magnetismo muy poderosos, pero eso no es lo que sucede conmigo.

Rhys no presta atención a ninguna de ellas, salvo el típico trato cordial que tiene con todos sus clientes. En cambio, conmigo es diferente, lo percibo. Siempre ha sido así, desde que entré en ese bar y nos presentaron. Nuestras miradas siempre conectan, sin necesidad de hablarnos ni nada. Es como si se llamasen de alguna forma.

«Y eso que apenas llevo una semana aquí…», pienso y una risa divertida se me escapa.

—¿Todo bien? —pregunta él.

Me doy cuenta, al instante de escuchar su voz tan cerca de mi cara, de que aún estamos pegados el uno al otro. Ladeo la cabeza hasta que nuestras bocas quedan a escasos centímetros la una de la otra y digo:

—Un pensamiento involuntario.

Nos quedamos así durante eternos segundos. Rhys traga saliva y yo me humedezco los labios de forma instintiva, a la espera del beso. Él me mira y recorre el perfil de mi cara con una mano. Puedo notar su aliento sobre mí y mis pulsaciones se disparan. Quiero ese beso, deseo ese beso. Estoy lista.

Como si una ráfaga de aire frío se colase entre ambos, se separa de mí. Me quedo extrañada por el ¿rechazo? porque juraría que ambos lo deseamos. No dice nada. En lugar de eso, tose y se mesa el pelo.

—Ven. Las vistas son más bonitas desde el otro lado —dice.

Sin darme opción a hablar, me coge de la mano y tira de mí para llevar por el sendero que bordea la colina hasta llegar a un pequeño mirador. No me suelta mientras me explica las vistas desde ese punto, aunque yo no presto mucha atención a la historia. Tan solo lo observo.

Dejamos el mirador y subimos hasta el monumento y la esplanada donde se quemaban a las brujas. Al estar cubierto por una fina capa de nieve, apenas se puede ver el punto exacto donde se apilaban los leños para la quema, pero, aun así, me acerqué para verlo mejor.

—Ten cuidado, que la piedra es resbaladiza —me advierte él, que me observa con atención mientras aparto con el pie la capa blanca sobre el círculo.

—Hombre de poca fe —le recrimino.

—Tengo fe en que acabarás con el trasero en el suelo. —Le saco la lengua a modo de burla y él se ríe.

—¡Lo encontré! —exclamo, victoriosa. Me agacho, me quito uno de los guantes y paso la mano para retirar el resto de nieve. Continuando con la broma, me incorporo y salto sobre la marca gritando: —¡Quemen a la bruja! —Y, entonces, la fe de Rhys se hace realidad.

La humedad de la piedra hace que la suela de mis bota se deslicen cual tabla de surf sobre las olas y vea a mi cuerpo volar. Cierro los ojos, a la espera del doloroso golpe en el trasero, pero no ocurre nada.

Unos fuertes brazos me mantienen sujeta de la cintura y, cuando los abro, nos veo a los dos en una pose de lo más peliculera.

—Empiezo a pensar que lo haces a propósito para que te abrace —bromea él, divertido.

—¿Y funciona? —jadeo, no tanto por la acción en sí como por lo mucho que me excita tenerlo tan cerca.

—Dímelo tú. —Abro la boca para contestar, pero acaba cubierta por la suya y yo ya pierdo todo el sentido.

Como si de alguna forma reconociese ese beso, mis labios se abren al instante y mi lengua sale al encuentro de la suya. Llevo una mano hacia su cabeza y la dejo sobre su nuca, enredando mis dedos entre su dorado cabello.

Él hace lo mismo al sujetarme de la nuca y de la cintura, y el beso se vuelve más salvaje. Entonces, tira de mí hasta alzarme y dejarme sobre su cintura. Lo rodeo con las piernas y me aferro a su cuello para profundizar más en el beso.

Rhys gruñe y yo ahogo un gemido en su garganta.

Pasión, whisky, nieve… sabe a todo eso y más. Pero el sonido de un teléfono irrumpe con fuerza y rompe la magia por completo.

Jadeantes, nos quedamos con las frentes apoyadas la una en la otra. La llamada vuelve a entrar y Rhys maldice antes de dejarme de nuevo en el suelo, pero sin soltarme del todo. Se lleva una mano al bolsillo del pantalón y saca el móvil.

—¿Qué ocurre, Mía? —dice al descolgar.

Con la mano que me mantiene sujeta dibuja círculos pequeños en la base de mi espalda. Todo mi cuerpo se eriza ante ese contacto que, aunque sea sobre las capas de ropa que llevo, puedo notar la calidez de su tacto.

Su semblante cambia y se pone serio. Masculla otra maldición, finaliza la llamada y se guarda el teléfono.

—Tenemos que volver —me comunica.

—¿Va todo bien? —pregunto, preocupada.

—Un problema con los que tenían que abrir la noche musical hoy. Han pinchado de camino aquí y no podrán llegar a tiempo.

—Vaya. —Me muevo para separarme, porque intuyo que querrá ponerse en marcha lo antes posible, pero su brazo se enrosca con fuerza en mi cintura y me vuelve a apresar mis labios con un beso ardiente y apasionado.

—No he acabado contigo, escritora —ronronea contra mi boca, a lo cual solo pude contestar con un jadeante *Ajá*.

Sonríe y me vuelve a besar antes de emprender camino ladera abajo.

11. Canciones que tocan el alma

Llegamos en pocos minutos a Dean Village. Rhys aparca el coche en un lateral del edificio donde está el bar y su casa. Cuando me dispongo a salir del coche, me coge del brazo y me atrae hacia él para darme otro beso de tornillo increíble.

—Joder, Rhys… —jadeo contra su boca.

—¿Qué? —pregunta, con mi cara entre su manos.

—Que si me sigues besando así, me voy a desmayar —confieso. Él esboza una sonrisa pícara y me muerde el labio con delicadeza.

—Entonces, cuando te haga las cosas que quiero hacerte… —ronronea mientras pasea la lengua por mis labios y vuelve a morderlos—, ¿tendré que llamar a una ambulancia? —suelta.

Noto el calor de su aliento contra mi boca, pero mi imaginación ya está viajando a eso que se supone que «quiere hacerme» y tan solo puedo gemir. Un último beso ardiente y se baja del coche, dejándome con los labios hinchados y deseosos de más.

Resoplo y siento la necesidad de quitarme toda la ropa por el calor tremendo que envuelve mi cuerpo.

—Señorita —dice tras abrirme la puerta del coche y tenderme la mano.

—Muchas gracias, caballero —respondo con picardía.

Enreda sus dedos con los míos y caminamos cogidos de la mano hasta el interior del bar. Puedo notar algunas miradas de sorpresa y otras de envidia. A él parece no preocuparle que nos vean juntos de ese modo, a pesar de haberse mostrado siempre bastante reservado con su privacidad. Al menos, desde que lo conozco.

Atravesamos el espacio entre la puerta de entrada y la barra. Chloe está allí, con el móvil en la mano, y sin percatarse de nuestra presencia.

—Oh, Nessa —exclama al levantar la cabeza y verme a su lado—. Justo ahora te estaba enviando un mensaje para avisarte de que ya estaba aquí y si querías… —Deja de hablar cuando baja la mirada y ve mi mano enredada en la de Rhys. Atónita, vuelve a mirarme a mí, sin decir una sola palabra.

—Mía —llama él a su hermana, que está tras la barra colocando algunas jarras de cerveza en el lavavajillas.

—Tom acaba de llamar a Boyd para ver si podría venir a cubrir a los chicos, pero dice que tardará una hora en llegar con el equipo y todo —le explica ella.

Rhys resopla y maldice. Se queda pensativo unos segundos, hasta que me mira, se acerca a mí y susurra:

—¿Querías oírme cantar? Pues, te concederé tu deseo. —Me besa y se va a hablar con su hermana antes de desaparecer escaleras arriba, hacia su piso.

Veo a Mía esbozar una sonrisa traviesa. Levanta los pulgares y me guiña un ojo en señal de aprobación. Cuando me giro hacia Chloe, sigue mirándome boquiabierta.

—Se te va a secar la boca —bromeo.

—Perdona, ¿acabo de ver lo que acabo de ver? —pregunta atónita.

—Si te refieres a mi hermano dándole un beso en la boca, sí, lo has visto. Al igual que todos —comenta Mía al otro lado de la barra—. ¿Lo de siempre, Nessa? ¿O debería de llamarte cuñada? —Resoplo y pongo los ojos en blanco, pero con una enorme sonrisa en los labios.

—Por favor, no es para tanto. Seguro que lo habréis visto con muchas otras mujeres. No seré la única —digo.

—Eh, no. Te juro que es muy difícil ver a Rhys con una mujer. De hecho, algunas malas lenguas comentaban que tal vez era gay y no quería reconocerlo —contesta Chloe.

—Eso es verdad. No lo de ser gay. Digo lo de ser reservado. Lo es hasta conmigo, que soy su hermana. Pero, ¿sabes? Me alegro por los dos —Mía habla mientras me sirve una cerveza en un vaso corto.

—Chicas, de verdad. Ni que nos fuéramos a casar. Tan solo nos hemo besado, nada más —intento convencerlas para que no le den más importancia de la que tiene, aunque por dentro yo también estoy dando saltos como una colegiala.

—Amiga, créeme cuando te digo que eres una mujer muy afortunada…, y odiada, ahora mismo —suelta Chloe.

Bufo y abro la boca para discrepar ante eso, pero Rhys aparece de nuevo y lleva su guitarra en una mano. Esta vez solo me mira y me guiña un ojo. Se va al escenario y comienza con los preparativos.

—¿Vas a cantarnos tú hoy, Rhys? —pregunta una voz entre la clientela.

—¿Para qué demonios iba a estar aquí, si no, Cliff? —responde él, con cierto sarcasmo.

La gente ríe y rompen en aplausos, vítores y silbidos. Algunas de las chicas, suspiran y aletean sus pestañas mientras prácticamente babean sobre las mesas al verlo ahí sentado en el taburete, guitarra en mano y listo para amenizar la velada hasta que llegue el relevo.

—Bien —comienza a hablar al micrófono al mismo tiempo que toca unos acordes con la guitarra, para calentar los dedos—. Muchos me habéis estado pidiendo infinidad de vez que os tocase alguna canción de cuando *casi* logré tocar la fama. Pues, bien. Hoy, abriré yo la sesión con algunas canciones de mi tiempo en américa, pero quiero empezar con una canción que sé que a todos os encanta. Quiero dedicársela a una persona que ha despertado en mí el amor por la música otra vez —dice y clava en mí esa mirada azul que me corta el aliento. Sonríe y me guiña un ojo.

—Así que no es para tanto, ¿eh? —susurra Chloe a mi espalda.

—Sschh —la reprendo, conteniendo la risa.

Rhys comienza a tocar los primeros acordes de una canción que reconozco al instante. Una

melodía que escucho infinidad de veces mientras escribo mis historias. Mi corazón se desboca por completo. Cierro los ojos y noto la emoción recorrer todo mi cuerpo. La vibración de las cuerdas de la guitarra siendo acariciadas por esas manos tan perfectas, unas manos que deseo tenerlas sobre mí con todas mis fuerzas.

Una amplia sonrisa se instala en mi rostro y comienzo a cantar al unísono con él. Nuestras voces se acoplan a la perfección, aun en la distancia. Él me mira, sonríe y asiente. El movimiento de los dedos sobre las cuerdas comienza a resultarme muy excitante y su voz… ¡Dioses! Esa voz se mete en cada fibra de mi ser y me hace vibrar por entera. Me siento como hipnotizada, cautivada por el canto de una sirena.

Ya en la última estrofa, el deseo por él es insoportable. Cuando acaba la canción, yo me siento como en una nube y él no deja de mirarme. Durante unos segundos, largos y eternos segundos, el bar se queda en silencio…, hasta todos rompen en aplausos y gritos de emoción. Rhys sigue fijo en mí, como esperando algún tipo de respuesta por mi parte. Asiento y su sonrisa se vuelve más amplia.

—Bueno, ¿alguna petición en la sala? —pregunta al resto del bar, tras desviar la mirada de la mía.

—Amiga, creo que lo tienes bien cazado. Ya me contarás tu truco —comenta Chloe y yo me río.

Una hora más tarde, Boyd ya está sobre el escenario con todo preparado para continuar él con el concierto. Rhys hace ya rato que bajó del escenario, pero la gente lo retiene a cada paso que da para felicitarle. Observo cómo lo abrazan y palmean en la espalda, orgullosos del joven que vieron convertirse en hombre en este barrio.

Cuando por fin llega a nuestro lado, se acerca a mí y me besa en la mejilla. Una caricia con los labios sobre mi piel y ya me siento arder.

—Mía, ¿tienes un momento? —le dice a su hermana. Ella asiente y lo sigue al interior de la barra, donde los veo hablar. Bueno, más bien es él quien mueve los labios. Mía solo asiente, sonríe y luego lo abraza con efusividad.

Rhys vuelve a subir a su apartamento para dejar la guitarra, mientras Chloe y yo seguimos con nuestra conversación. Bueno, más bien ella, que ya nos ha casado y en nada nos hará padres de a saber cuántos retoños. Unos minutos más tarde, él aparece a mi lado y posa la mano en mi espalda.

—¿Hoy no ejerces de jefe? —le pregunto.

—No, hoy es mi día libre. Mía se queda al cargo de todo —responde.

—Uy, qué tarde es y yo había quedado con unos amigos en… Bueno, en otra zona de la ciudad —dice Chloe de pronto. Quiero decirle que no tiene por qué irse de esa forma, pero no me da tiempo ni a pestañear—. Me voy, mañana te llamo y me cuentas. Nos vemos mañana, chicos. ¡Hasta luego, Mía! —Se despide de todos y desaparece de allí.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —pregunto incrédula.

—Es Chloe, no es muy discreta —contesta él y yo me río—. Bueno, ¿quieres hacer algo más

hoy? ¿Hay algún lugar en particular que quieras conocer? —susurra en mi oído.

Todo mi cuerpo se estremece ante esa voz y su mano dibujando líneas irregulares en mi espalda. Tengo muy claro lo que quiero hacer. Levanto la cabeza hacia él y le muestro mi sonrisa más pícara. La mirada de Rhys se oscurece y entiende al instante mi mensaje. Sin más, nos despedimos de Mía y salimos del pub.

Llegamos a la puerta de mi casa sin dejar de besarnos ni acariciarnos. El tiempo será invernal, pero nosotros ardemos de calor.

Mientras intento abrir la puerta del apartamento, él me rodea la cintura desde atrás, me aparta el pelo a un lado y calienta mi cuello con sus besos.

—Rhys… —jadeo, con serias dificultades para meter bien la llave en la cerradura.

—¿Mmm?

—O paras o no lograremos entrar nunca —respondo, sin saber muy bien ya ni mi nombre.

—Trae. —Me quita las llaves y abre en un tris. También es mago. Músico y mago, mira qué bien.

Cruzamos el umbral de la entrada con los labios de nuevo pegados el uno al otro. La puerta se cierra tras nosotros…, o tal vez ha sido él.

Jadeantes, comenzamos a quitarnos la ropa. Prenda a prenda, empezando por el gorro, los guantes y la bufanda, que dejamos caer al suelo. Rhys se quita la cazadora al mismo tiempo que yo prácticamente me arranco el plumas.

Vamos regando el suelo con las prendas que caen de nuestros cuerpos. Pronto nos quedamos desnudos de cintura para arriba y yo me quedo embobada viendo todo ese amasijo de músculos tan perfectos y bien trabajados. Todo eso es para mí, todo, y sonrío con malicia.

Rhys me toma en brazos y me coloca sobre su cintura, la que rodeo con las piernas al mismo tiempo que vuelvo a devorarle la boca. Él lleva una mano a mis pechos desnudos y toma uno para masajearlo. Su tacto era cálido y ardiente a la vez. ¡Dioses! Lo necesito dentro de mí ya, necesito conocer su poder, su fuerza.

Mi espalda choca contra la pared, pero no impide que sigamos devorándonos.

—¿Hacia dónde? —jadea contra mi boca.

—Arriba, la primera puerta a la derecha.

Coloca sus grandes manos en mi trasero, me sujeta con fuerza y comienza a subir las escaleras. Entramos en la habitación y avanza hasta la cama. Se sienta y me deja a horcajadas sobre él.

—Dios, eres preciosa, Nessa —dice, al mismo tiempo que vuelve a masajear uno de mis pechos. No me deja hablar, no más palabras entre los dos.

Su lengua entra en mi boca como un torbellino y se enreda con la mía en cuanto se encuentran. ¡Oh, joder! Cómo besa. Me está llevando a la más absoluta de las locuras. Deja mi boca, con los labios del todo hinchados, y comienza a repartir ardientes besos por mi cuello.

Con el pulgar, juguetea con mi pezón y eso me rompe del todo. Baja la cabeza hasta tomarlo con

los labios y lo mordisquea.

—Oh, joder —exhalo al notar la calidez de su boca sobre mi pecho.

—Mmm, sabroso —ronronea contra el pezón—. Vamos a probar el otro también, no queremos que se enfade —dice y pasa a degustar el otro seno.

Placer, un inmenso placer me invade por completo. Me arqueo entre sus brazos, presentándole los hinchados pechos aún más. Los amasa, los devora y mordisquea. Pasa su lengua de un pezón a otro y yo siento que estoy a punto de correrme solo con esos preliminares.

Sin previo aviso, me tumba sobre el colchón y me quita el resto de la ropa. Me quedo totalmente desnuda y jadeante ante él. Su mirada es la de un depredador a punto de saltar sobre su presa. Sonrío de forma pícara y maliciosa, invitándolo a devorarme.

Rhys comienza a depositar sensuales besos por la piel. Primero entre mis pechos y luego va recorriendo todo el sendero hasta que llega al ombligo y más abajo. Arder es poco. Estoy a punto de combustionar y llevarnos a los dos con las llamas de la pasión.

Llega a la rendija de mi sexo y pasa la lengua con suavidad. Exhalo un gemido y me arqueo sobre el colchón. Se coloca de rodillas entre mis piernas y empieza a besar la parte interior de mis muslos, mientras acaricia el resto con una mano.

—Rhys… —gimo.

—Sschh, tenemos todo el tiempo del mundo —ronronea.

Besa los labios de mi sexo y luego vuelve a acariciarlos con la punta de la lengua. ¡Voy a morir! Un beso, otro y otro, y creo que ya he perdido la noción de mi nombre. Hunde la cara y lame con más insistencia. Mi cuerpo se eleva de forma involuntaria y gimo con fuerza.

El orgasmo amenaza con invadirme, pero no quiero que acabe esa sensación tan placentera. Él debe de notarlo y detiene su lengua sobre mi clítoris. Siento, entonces, cómo introduce un dedo en mi interior.

—Ah —exhalo y me aferro con fuerza a la manta bajo mi cuerpo.

Quiero verlo, quiero ver cómo me acaricia y bebe de mí. Me incorporo lo justo para verlo a través de las montañas hinchadas que forman mis pechos. Rhys clava su mirada en mí y vuelve a lamer mi sexo, sin desviar los ojos de los míos. Mete el dedo más a fondo y jadeo.

Siento el dedo moverse en mi interior, al mismo tiempo que él chupa con ansia el clítoris. Eso me enloquece tanto que tengo que tumbarme para dejar que el orgasmo por fin se apodere de mí porque, si lo contengo más, voy a explotar.

Grito, retuerzo la manta y tiemblo cuando una descarga envuelve todo mi cuerpo y mi ser.

Me quedo laxa y jadeante, mientras él se quita el resto de su ropa. Ya desnudo, saca un paquetito plateado del bolsillo de su pantalón y lo abre con los dientes. Con suma habilidad, se coloca el condón. Ladeo la cabeza sobre la cama y vislumbro un miembro grande y grueso. ¡Oh, por todos los dioses! El hombre perfecto.

Se coloca sobre mí y abro las piernas para recibirlo. En cuanto entra, ambos gemimos. Empuja un poco más y profundiza por completo, llenado cada espacio en mi interior.

—Oh, joder, Rhys —gimo.

—Dios, estás empapada —jadea contra mi oído.

Comienza con movimientos lentos. Coloca las manos a manos a ambos lados de mi cabeza y se eleva sobre mí. Empuja con suavidad y hace unos pequeños movimientos circulares que me sacan un gemido de la garganta.

—No pares, Rhys. No pares —lo aliento.

Necesito tocarlo, sentirlo en todo su esplendor. Poso las manos sobre su torso y comienzo a acariciarlo, al mismo tiempo que él me penetra una y otra vez. Llego hasta su trasero, duro y firme, y lo acaricio. Noto los músculos tensarse con cada embestida y eso me excita de tal forma que siento al orgasmo invadirme de nuevo.

—Me corro, Rhys, me corro —jadeo.

—Hazlo, pequeña. Dámelo todo, vamos. Quiero escucharte gemir otra vez. —Y eso hago. Gimo su nombre al mismo tiempo que todo mi cuerpo convulsiona, mientras el grosor de su miembro araña todo mi interior.

—Joder —gruñe él al poco.

Una embestida más y llega a su propia liberación, exhalando un gutural gemido.

12. Un San Valentín muy escocés

Unos meses atrás, mi vida se desmoronaba sin control alguno. Un enorme vacío se había instalado en todo mi ser y había absorbido hasta el poder de crear historias. Me había sumido en una profunda depresión de la que me costaba salir. Me había hundido en lo más profundo de mi tristeza unas mil veces.

Unas semanas atrás, empujada por mi hermana pequeña, decidí hacer las maletas e irme en busca de nuevos aires, de una nueva perspectiva en mi vida para recuperar la pasión de mi trabajo. Me vine a cumplir uno de mis mayores sueños, que era conocer Escocia…, y toda mi vida cambió.

—Rhys… Rhys… —gimo su nombre, mientras se toma su tiempo para devorar cada rincón de mi sexo.

Dos semanas más tarde de nuestro primer encuentro, prácticamente nos volvimos inseparables. Ya no dormimos separados desde entonces. O bien se viene él a mi casa, o bien me voy yo a la suya.

Él me ha devuelto la alegría, la inspiración y ¡dioses! hasta el deseo por un hombre. Porque si algo tiene este hombre es que es un excelente amante que sabe cómo darle placer a una mujer, tomándose su tiempo y asegurándose de que la hace tocar el cielo.

—Oh, joder —exclamo cuando el orgasmo recorre todo mi cuerpo.

Me deja laxa sobre la cama, jadeante mientras se coloca el preservativo y se tumba sobre mí. Abro las piernas y elevo las caderas para recibirlo.

—Dios, me encanta despertar contigo tan entregada —ronronea a la vez que me penetra.

—Y a mí. —Libero un gemido sonoro cuando empuja con más fuerza y profundiza en mi interior.

—Me encanta escuchar todos tus gritos —dice y baja la cabeza para besarme. Sabe a mí y eso me encanta.

Me muevo al mismo ritmo que él, recibiendo cada embestida entre jadeos y gemidos. Adoro acariciar su cuerpo mientras me penetra y notar cómo se le contraen los músculos por el esfuerzo.

Elevo las caderas contra las suyas, reclamando más y más. Rhys obedece y acelera el ritmo. Una y otra vez se hunde en mí, me llena por entera y pierdo la razón por completo cuando me invade un nuevo orgasmo.

Los músculos de mi interior se contraen por la descarga y eso lo vuelve loco. Gruñe y me embiste con más fuerza hasta que culmina con un gutural gemido. A pesar de tener una capa entre ambos, noto cómo lo llena de su poder.

Exhausto, se deja rodar a un lado y me atrae hacia él. Saciada, y con una sonrisa tonta en mi

rostro, dejo mi cabeza reposar sobre su pecho desnudo. Aún está caliente y escucho el latir de su corazón agitado.

—¿Te ha gustado? —me pregunta antes de darme un beso en la coronilla.

Levanto la cabeza para mirarlo y sonrío. Entonces, me besa.

—Siempre —afirmo.

—Mmm, me alegro —ronronea contra mi boca y vuelve a darme un beso, pero más suave y cálido.

Me recuesto otra vez sobre él. Sigo sin creerme que estemos así los dos. Reconozco que me obnubiló la primera vez que lo conocí, que su atractivo me impactó de tal forma que hasta mi alma vibró. Pero jamás hubiera pensado que yo también le hubiese impactado a él.

Rhys se lleva un brazo tras la cabeza. Con la mano que tiene sobre mi cadera, comienza a dibujar suaves círculos sobre mi piel. Ronroneo como una gatita porque ese es el efecto que ejerce en mí, me vuelvo un animal salvaje.

—¿Vas a escribir algo más hoy? —pregunta, sacándome de mi mundo de ensoñación.

—Sí, me quedan un par de capítulos para acabar la novela y ponerme con la revisión, que pretendo hacerla durante el fin de semana…

—No, el fin de semana no. El sábado, al menos, no —me corta.

Me incorporo y lo miro intrigada.

—¿Qué ocurre el sábado?

—Es San Valentín —contesta y me muestra una pícara sonrisa.

—Oh, ¿y vas a regalarme algo especial? —coqueteo. Repto por la cama y me acerco a su boca.

—Por supuesto. —Rhys coloca una mano tras mi nuca y me atrae hacia él para besarme.

—¿Puedo saber qué es?

—Si te lo digo, ya no es sorpresa. —Gruño contra su boca en señal de protesta—. Soy yo con un lacito rojo y una caja de bombones.

—Oh, interesante. ¿Y dónde vas a llevar el lazo, exactamente? —bromeo.

—¿Tú que crees?

—Mmm, ¿aquí? —Bajo la mano hasta su miembro y lo rodeo con los dedos. Su cadera se mueve de forma involuntaria.

—Gatita traviesa —ronronea y me coloca sobre él en un abrir y cerrar de ojos. Tira de mi nuca y se apodera de mi boca de nuevo.

Nos fundimos en un apasionado beso, que nos lleva de nuevo a inundar de gemidos la habitación cuando nuestros cuerpos se vuelven a unir. ¡Dioses! Este hombre es increíble.

Un par de horas más tarde, estoy sentada ante el ordenador. Con una taza humeante de un rico té negro con canela que Chloe me había traído hacía unos días, mis dedos no dejan de golpear el

teclado. Cuando entro en ese estado de trance, el mundo deja de existir a mi alrededor y tan solo estamos la historia que cuento y yo.

Estoy tan concentrada en la novela, que, cuando el móvil suena, doy un salto en la silla. Del susto, casi derramo el té por la mesa.

Cojo el teléfono y sonrío al ver que es una video llamada.

—¡Hola, hermanita! —me saluda Taty al otro lado.

—Vaya, a alguien le está sentando bien Tailandia —digo al ver esa enorme sonrisa y ese brillo en sus ojos.

—Bueeeno…, no te voy a mentir. Me está sentando muy muy bien —contesta y se muerde el labio.

—Oh, vaya. ¿Y tiene algo que ver ese biólogo con el que te veo las fotos de Instagram?

—Mmm, puede —dice y me guiña un ojo—. Bueno, ¿y tú qué? —cambia de tema de forma radical.

—¿Qué pasa conmigo?

—Hombre, pues… ¿Qué tal te está sentando el aire escocés?

—El aire bien. —Una sonrisa tontorrona asoma en mi cara de forma involuntaria y Taty grita al otro lado de la imagen.

—¿Has… tú y el buenorro ese del pub que me habías contado? ¿Ya te lo has follado?

—Pero qué bruta eres, hija mía —protesto, conteniendo la risa.

—Sí, sí, sí, pero contesta: ¿Te lo has follado ya o no?

Resoplo porque no voy a poder evitar esta conversación ni en mil siglos.

—Nos hemos acostado, sí. Pesada, que no me vas a dejar en paz hasta que te lo…

—¡Ay! —exclama. La veo dar saltos, o más bien veo la imagen moverse de forma agitada e intuyo que está saltando como una niña pequeña.

—Ni que acabara de entregarle mi virtud a un hombre —suelto y vuelvo a ver su rostro al otro lado de la pantalla. Doy gracias porque empezaba a marearme.

—No, la virtud no, pero has dado un paso muy importante para un cambio. Estás en el camino, hermanita, y me alegro un montón de verte sonreír de esa forma.

—No sé de qué me estás hablando, yo no sonrío de ninguna forma. —Mentira. Yo misma noto la tensión en los músculos alrededor de mi boca. El efecto Rhys, porque llevo así desde que nos besamos por primera vez y acabamos con nuestros cuerpos enredados y dándonos placer.

—Te quiero mucho, hermanita, y créeme cuando te digo que me alegro un montón de verte tan feliz. Sabía que Escocia te iba a cambiar la vida. Y quién sabe, tal vez acabes asentándote allí para siempre —dice.

—Quién sabe —respondo y nos reímos ambas.

* * * *

Por más que intento que Rhys me cuente a dónde vamos, solo me responde con una sonrisa traviesa. Permanece con la vista puesta en la carretera y tan solo estira una mano hacia mí, cada vez que puede, para enredar sus dedos con los míos.

Son las siete de la mañana y ya llevamos una hora de ruta. Hace rato que dejamos atrás la capital y la hermosa zona de Queens ferry, la cual me mantuvo con la boca abierta de asombro durante todo el trayecto.

—¿De verdad que no me vas a decir a dónde vamos? —insisto en sacarle la información. Él me mira un fugaz instante y sonríe.

—No.

Resoplo y se ríe. Vuelvo a mirar por la ventanilla y veo que dejamos a un lado un bonito pueblo, muy pintoresco.

—¿Qué lugar es ese? —pregunto.

—Pitlochry.

—Me gustaría conocerlo, parece un lugar hermoso.

—Lo es. Otro día te traigo para que lo conozcas —dice y lo miro asombrada.

—¿Vas a enseñarme Escocia? —digo con emoción.

—Te mostraré todo lo que tú me pidas. —Sonrío, pero mi gatita traviesa se despierta ante esa afirmación y me muerdo le labio de forma pícara. Él me mira y dice: —No hagas eso o tendremos un accidente. —Suelto una risita y vuelvo a fijar la vista en el paisaje.

Veo unas montañas nevadas gigantescas, o a mí me lo parecen. Un paisaje mágico y muy navideño. En verdad que este país es precioso lo visites cuando lo visites. Me apoyo contra mi ventanilla y me quedo prendada de lo que veo, no quiero perderme ni un solo detalle.

Cerca de las diez, llegamos a un lago. Rhys deja el coche en un aparcamiento que hay a un lado. Antes de bajar, me mira y dice:

—¿Lista? —Asiento, emocionada como una niña.

Salgo del coche y me abrigo bien porque, a pesar del cielo despejado que tenemos sobre nuestras cabezas, el frío es intenso. Aún estamos en época invernal y no está para ir desabrigada.

—Ven, vamos. —Me da la mano y yo me aferro a ella.

Caminamos hasta lo alto de un mirador. Desde ahí arriba veo una esplanada muy bien conservada y un castillo en ruinas a orillas del lago. Entonces, como si me golpeasen, suelto un grito que pronto se queda ahogado en mi garganta. Reconozco el lugar, lo he visto infinidad de veces cuando me documentaba para mis novelas.

—¿Estamos en el lago Ness? —exclamo.

—Así es. —No le dejo hablar más porque vuelvo a gritar, a la vez que salto a sus brazos. Rhys me recibe entre risas, mientras yo no dejo de sacudirme cual niña emocionada—. Me alegra que te guste parte de la sorpresa —dice.

Aflojo el abrazo y me separo para mirarlo.

—¿Es que hay más?

—El día es largo, gatita. Muy largo —ronronea antes de besarme—. Vamos, lo verás todo mejor desde este lado del mirador —comenta.

—¿No podemos entrar a ver el castillo?

—Está cerrado, es temporada de invierno y los castillos no abren al público. —Suelta una carcajada al ver mi cara de disgusto y me besa—. Te volveré a traer cuando esté abierto, no te preocupes.

Me toma de la mano y me lleva hasta un alto en el mirador desde el que se obtiene una perspectiva del lago impresionante. Las aguas son tan oscuras que es imposible vislumbrar nada ni en la propia orilla.

—¿Crees que hay un monstruo ahí abajo? —digo entre sus brazos, con la vista fija en el horizonte infinito del lago.

—Creo que este lugar tiene tanta magia y tanta leyenda, que todo es posible —me contesta en un suave susurro al oído, y me besa la piel del cuello.

—Mmm, me encantan tus besos —suelto sin pensarlo. Él se ríe contra mi piel y noto cómo me calienta la zona.

—A mí me encanta escucharte gemir cuando te rozo simplemente con los dedos —ronronea y pasea la punta de la lengua por la zona de tal forma que todo mi cuerpo tiembla.

—Rhys… —jadeo.

—¿Mmm?

—¿Qué estamos haciendo? ¿A dónde nos lleva esto? —quiero saber, aunque no sé por qué verbalizo eso porque en verdad que no me importa.

—No lo sé, pero quiero vivirlo contigo. —Me giro entre sus brazos y me quedo mirándolo a los ojos. Prendada de esa mirada tan azul es poco, más bien estoy obnubilada por esos dos océanos que me miran con deseo.

—Vivamos el momento, entonces. —Me pongo de puntillas y le rozo los labios con los míos. Una caricia suave, leve, que hace que gruña y aprese mi boca con fervor.

Estamos solos en el mirador, lo que hace que nos besemos con tanta pasión que el calor de nuestros cuerpos bien podría derretir la nieve a nuestro alrededor. ¿Por qué siento todo esto? Es como si nuestras almas ya se conocieran de antes. Nunca jamás me había sentido tan atraída por un hombre, ni siquiera por Paul

Lo que Rhys me provoca no está escrito en ningún libro de romance, nada. Esto que siento es

cósmico, profundo e infinito. Sentí esa fuerte conexión el primer instante en que nuestras miradas se cruzaron y desde entonces, mi alma no hace más que clamar por la suya, como si supiera que nos pertenecemos el uno al otro.

—O nos detenemos, o te acabo metiendo en el coche y arrancándote la ropa para devorarte —jadea contra mi boca. Me rio porque yo también quiero hacer lo mismo, quiero sentirlo dentro de mí otra vez. Se ha convertido en una necesidad, una droga.

—No beses así —susurro, entonces.

Rhys se carcajea y mi cuerpo entero vibra con cada sonido de esa risa maravillosa, hasta que me contagio de esa felicidad.

A la hora de la comida, me lleva a un pequeño restaurante a orillas del lago, en Fort William. Pedimos un pastel de carne para compartir y salmón con delicias escocesas de acompañamiento. De postre, un buen whisky para cada uno y muchos besos robados.

Tras terminar la comida y sacarnos varias fotos en el famoso cartel del Lago Ness, emprendemos camino de vuelta a casa. En invierno oscurece pronto y Rhys no quiere que nos caiga la noche en carretera.

En algún punto del trayecto, me quedo dormida. Cuando abro los ojos, veo que estamos en el aparcamiento de Holyrood otra vez.

—¿Vamos a subir a la silla otra vez? —pregunto, intrigada.

—No, a la silla no. —Sale del coche y lo veo irse directo al maletero.

Me bajo y me acerco a él. Me asombro al ver que está sujetando la guitarra mientras cierra de nuevo. Entonces, recuerdo que la subida a Carlton Hill está ahí cerca y mis ojos se llenan de lágrimas de emoción.

—Rhys —pronuncio.

Él se acerca a mí, con esa hermosa sonrisa que ilumina todo mi mundo, me da un beso y dice:

—Te prometí ver un atardecer mientras te tocaba una canción. Feliz San Valentín. —Y me vuelve a besar.

¡Ay, dioses! Mi corazón ya no sé si late o se ha parado del todo, pero quiero abrazarlo, besarlo… Quiero reír, llorar, saltar, pero en lugar de eso, apreso su boca y lo beso para mostrarle lo emocionada y agradecida que estoy por ese maravilloso día.

Con la guitarra a la espalda y su mano envolviendo la mía, ascendemos hasta el banco del mirador de Carlton Hill. El atardecer estaba dando comienzo y los colores que tiñen el cielo de la capital son fascinantes.

Nos sentamos y Rhys comienza a tocar los acordes de la canción que me dedicó la primera vez que lo escuché cantar. Lo acompaño y nuestras voces se acoplan al instante. Puedo sentir cada

vibración de la canción recorrer todo mi ser. Su voz me envuelve de tal forma que parece un canto de sirena.

Me estoy enamorando de ese hombre y ese reconocimiento provoca un remolino de emociones en mi interior que casi me marean.

Terminamos el día desnudos sobre mi cama, devorándonos con pasión hasta llevarnos a ambos a la locura.

13. Y LA RUEDA DE LA VIDA VUELVE A FUNCIONAR

—Nessa, te felicito. Esta novela corta es preciosa, intensa y muy profunda. Te has superado —comenta mi editora al otro lado del teléfono.

—¿Sí? ¿Tú crees? No me lo estarás diciendo porque eres mi amiga, ¿verdad? —Siempre me cuesta aceptar los halagos de primeras, la verdad.

—Para nada. Sabes que si fuese mala, te lo diría, pero es que no lo es. Es perfecta. Cariño, a esto lo llamo yo renacer con fuerza. Te vamos a llamar Fénix porque es de lo mejor que has escrito, en contemporánea, hasta la fecha —afirma y una enorme alegría se apodera de mí.

Me encojo en el sofá de mi casa, conteniendo las ganas de gritar y reír de emoción. Desde que escribí la palabra fin, tras la segunda revisión, mis nervios afloraron de una forma descontrolada. No estaba para nada segura de haber acertado con esa historia.

—Oye, una cosa. Esta novela habla de ti, ¿verdad? Porque tiene mucho de tu personalidad, de tus vivencias. —Megan me conoce demasiado bien.

—Bueno… —Suspiro al verme descubierta y una vergüenza me invade por completo—, puede que sea un poco autobiográfica. Cuando empecé a escribirla, no tenía ni idea del camino que iba a tomar, pero me fue surgiendo así y…

—¿Me estás diciendo que el hombre que describes en tu novela existe y es real? —exclama. Me rio, ni intento negarlo—. ¡Oh, diosito! ¿Cuándo me lo presentas? E importante, ¿tiene algún hermano? —Suelto una carcajada.

—No, solo tiene una hermana —contesto, entre risas.

—O sea, que es real.

—Lo cierto es que he conocido a alguien, sí. —Vuelvo a suspirar al pensar en Rhys y, como siempre, una amplia sonrisa tensa mi boca.

—Oh, oh… esa voz…

—¿Qué le pasa a mi voz?

—Tú estás enamorada, amiga —afirma, riendo.

Cierto, lo estoy, pero no lo había hablado con él aún. Me da mucho miedo y me genera demasiada ansiedad tratar ese tema con él porque llevamos muy poco tiempo juntos y nunca hemos definido lo que hay entre nosotros. No quiero romper la magia que nos rodea por acelerar las cosas o por presionarlo a dar un paso que quizás no quiera.

—Es complicado, Meg —contesto, finalmente.

—No, cielo. Eso no es complicado. Son nuestras inseguridades las que lo complican…

—¿Podemos cambiar de tema? —la corto, porque en verdad que me siento muy insegura de tratar algo tan importante sin estar él.

—Muy bien, hablemos de la fecha de publicación y la presentación del libro en Nueva York. ¿Qué te parece en abril? —me propone ella.

—Es buena fecha, la verdad. Tengo un mes para calmar mis nervios y prepararme —contesto tras mirar el calendario.

—Muy bien, pues lo agendo todo y te lo mando por email. Si puedo, te envío hasta los billetes del vuelo y así lo dejamos todo cerrado ya. Esta tarde te envío el contrato del libro y nos ponemos manos a la obra.

—Ok. Espero tus noticias, entonces —le digo.

—Nessa.

—¿Sí?

—Me alegro mucho por ti, porque te estés recuperando y porque hayas encontrado la felicidad que tanto te mereces. —Mis ojos se empañan al instante de escuchar esas palabras.

—Gracias, Meg —pronuncio con la voz quebrada.

—Nos mantenemos en contacto. —Y ponemos fin a la llamada.

Dejo el móvil sobre el cojín y me abrazo las piernas. Miro al exterior a través de la ventana y suspiro. Feliz… Esa palabra me ronda mucho por la cabeza, últimamente, pero ¿en verdad lo era?

Está claro que estar con Rhys me hace sonreír como una idiota, pero ¿feliz? Mi mente viaja al pasado y recuerdo mis momentos con Paul, esos en los que una vez creí que era feliz. Me veo sonriendo de igual forma, con la misma necesidad por tocarlo a él. Nos veo sentados viendo una película…

Feliz…

Entonces, todas las emociones negativas que sentía estando con Paul me invaden. Esa inseguridad de no saber nunca cuándo me estaba mintiendo, de ver cómo dejaba claro que mi personalidad le avergonzaba y cómo hacía todos los posibles por mantenerle alejada de su vida y de su entorno.

Y vuelvo a los momentos vividos hasta ahora con Rhys y siento paz, seguridad. Me siento libre de ser como soy, de saber que tengo a alguien a mi lado que me brinda su apoyo no porque me considere débil, si no solo por si lo necesito. Siento una calma en el fondo de mi alma inmensa…, y entonces lo comprendo.

Soy feliz porque él trajo paz a mi vida.

Feliz, feliz, feliz.

14. UN FUTURO LLENO DE LETRAS Y CANCIONES

Abril. Un mes intermedio entre el frío invierno y el calor del verano, casi siempre lluvioso y cargado de bastante humedad. Un mes gris, aunque Nueva York casi siempre está en ese color grisáceo.

En cuanto estoy fuera del aeropuerto y miro al cielo, suspiro. Un conjunto de emociones encontradas, chocan en mi interior. Por un lado, la alegría de estar de vuelta en mi ciudad, la que me vio nacer y donde crecí y coseché tantos buenos momento. Pero por otro lado, siento tristeza por estar lejos de lo que ya considero mi hogar…, y por no tenerlo a él a mi lado.

La despedida fue difícil. A pesar de que Rhys se encargó de regarme todo el cuerpo con besos, caricias y de dejar exhausta con la pasión con la que siempre me hacía el amor, ya noto demasiado su ausencia. ¡Qué difícil se me va a hacer estos días!

Sujeto el asa de la maleta de viaje y camino por el andén en busca de un taxi libre que me lleve a mi apartamento. Las próximas dos semanas será mi hogar de nuevo.

Tras varios intentos fallidos de lograr transporte, acabo sacando el teléfono y llamando un Ubber. Una vez en marcha, observo los gigantescos edificios y rascacielos de Nueva York como si fuese una turista más. Sonrío y me los imagino dándome la bienvenida de nuevo a casa.

El coche me deja en la entrada de mi edificio del West Village. Cuando me bajo, el chófer ya está junto a mí, con la maleta en la mano. Me la entrega y le doy las gracias. Me giro y me quedo parada ante el que fuera mi hogar durante tantos años. A mi espalda, escucho moverse el coche y alejarse calle abajo.

—Bienvenida a casa, Nessa —me digo a mí misma y un nudo se agolpa en mi garganta.

Levanto la maleta por el asa y subo las escaleras. Un nerviosismos aparece y hace que todo mi cuerpo tiemble por ver de nuevo esas paredes blancas y la decoración minimalista que, en su día, me pareció de lo más acogedor.

Subo hasta el primer piso, abro la puerta del apartamento 1B y entro, pero apenas doy dos pasos, la tristeza me invade. No me produce las mismas sensaciones que me produjeron el apartamento de Escocia. No hay vida, no hay calor hogareño. Nada, cero, y no es porque esté vacío desde hace meses. No. Es la sensación de estar entrando en la casa de alguien del todo desconocido. Y tal vez así es. La Nessa que vivió aquí ya nada tiene que ver con la de ahora.

Mi móvil vibra para informarme de la llegada de un mensaje. Cierro la puerta, dejo las llaves en la repisa blanca de la entrada y me voy al pequeño sofá anodino que hay frente a la cama. Dejo la maleta a un lado, saco el teléfono del bolso y leo el mensaje.

Te echo de menos.

Los ojos se me empañan al instante.

Yo también.

El móvil tiembla en mis manos y sonrío al ver que me está llamando.

—Hola —saludo al descolgar. Las palabras apenas me salen sin amenazas con acabar en un llanto desconsolado.

—Hola —escucho su voz al otro lado y mi cuerpo se derrite. Hasta ese punto me tiene pillada ese hombre—. ¿Qué tal el viaje? —pregunta.

—Bien, tedioso, pero bien.

—¿Y la vuelta a casa?

—Triste, solitaria y… fría —le relato.

—Bueno, lleva mucho tiempo vacía y sin nadie viviendo allí. Es normal que esté fría —dice.

—No es ese frío. Es… es porque no estás tú, aquí conmigo —confieso.

—Lo sé. Ojalá pudiera estar ahí contigo, pero no puedo dejar el bar solo. Pronto estaremos juntos. Seré al primero que veas nada más bajarte del avión…

—Y te comeré a besos. —Rhys estalla en carcajadas al otro lado del teléfono.

—Dejaré que me devores hasta saciarte, pero no antes de saciarme yo primero de ti —me asegura.

—¿Me lo prometes? —digo, emocionada.

—Te lo juro, cariño. Te voy a meter en la habitación y no vamos a salir de allí en días. —Me río, divertida y convencida de que es capaz de hacerlo.

—Tendremos que alimentarnos.

—Nos comeremos el uno al otro. —Sonrío con cierta tristeza porque en verdad que lo necesito a mi lado—. Nessa, escucha. Yo… quise decirte algo antes de que marchases, pero… No encontré el momento y cuando me quise dar cuenta, ya estabas en el avión y…

—¿Qué ocurre? —pregunto intrigada. Una sensación extraña me invade, un miedo que creía lejos de mi vida.

—Yo… Te quiero. —Me quedo en shock, hasta sin voz. No me caigo porque estoy sentada, aunque tengo la sensación de marearme—. ¿Nessa? ¿Cariño? ¿Sigues…?

—¿Qué has dicho?

—Que te quiero, Nessa. Sé que debí decírtelo antes y no ahora, cuando estás a tantos kilómetros de distancia, pero…

—Yo también te quiero, Rhys —exclamo, con la voz temblorosa y los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé, me lo demuestras cada instante juntos. Puedo sentirlo, pero no sé si yo te habré hecho sentir lo mismo.

—Sí, tú me has curado, Rhys. Me has sacado de la oscuridad y me has dado paz. Eso es lo que yo necesitaba —confieso y siento que las palabras brotan de lo más profundo de mi alma.

—Me alegro de saber que te hago sentir todas esas cosas. No quería que pensaras que tan solo era deseo carnal lo que sentía por ti, porque nunca se trató de eso.

—Se trata de conexión. Lo supe el primer día que te conocí —digo.

—Cuando te miré a los ojos y te vi ahí sentada, junto a Chloe, también sentí esa conexión. Algo que tiraba de mí hacia ti. Ese tipo de necesidad solo la sentía por la música y, cuando lo dejé todo, digamos que un vacío se instaló en mi alma…, hasta que llegaste a mi vida. Tú también me has curado, Nessa y quiero que lo sepas. Te quiero por eso y por todo y por más. —Me llevo una mano al pecho y noto el agua de las lágrimas recorrer mis mejillas.

—Rhys —pronuncio con un hilo de voz. Se escuchan voces de fondo llamándolo.

—He de dejarte, mi amor. El deber de llama, pero recuerda mis palabras: Te has convertido en un imprescindible en mi vida. Te quiero.

—Te quiero —respondo, con un temblor en los labios y unas ganas enormes de salir corriendo para abrazarlo, besarlo y no soltarme de él nunca.

Finalizamos la llamada. Siento tristeza, pero no como antes. Ahora es una especie de tristeza feliz porque me acaba de decir lo que tanto tiempo llevaba deseando. Esa conversación incómoda que estuve evitando y que ahora, desde la distancia, acaban de abrir en carne viva todas mis emociones.

Lloro, pero de absoluta felicidad.

Lloro, porque mi vida está tomando un rumbo novedoso y precioso.

Lloro…, porque amo a ese hombre como nunca antes había amado a nadie.

* * * *

Camino de lado a lado tras el enorme panel de publicidad de una de las librerías más importantes la ciudad, ubicada en plena Quinta Avenida. Noto las manos sudadas y un frío abrazado a mi columna que no me deja pensar.

—¿El clásico miedo escénico, hermanita? —comenta Taty a mi lado.

En cuanto la llamé para decirle que tenía novela nueva y la fecha de la presentación, reservó un billete sin pensarlo.

—¿Tanto se nota? —digo con agonía.

—Un poco, pero si sonríes, fijo que se te pasa —bromea Megan, que está junto a mi hermana. Ambas se ríen y yo les saco la lengua.

—Qué madura —dice mi hermana.

Al otro lado de la gigantesca pared de cartón se pueden escuchar las voces de las lectoras que han acudido a la presentación. Muchas más de las que me esperaba, teniendo en cuenta que es una novela totalmente diferente a todo lo que llevaba escrito hasta ahora. Por no decir que pertenece al género contemporáneo, pero me sigue abrumando la fidelidad con la que mis lectoras siguen

confiando en mis historias, sean cuales sean.

—Hay un lleno absoluto. —A nuestro lado aparece una de las encargadas de la librería y quien gestiona el tema de las presentaciones literarias—. Me temo que muchos se van a tener que quedar de pie porque no hay tantas sillas —explica.

—Ay —gimo angustiada y me abrazo el estómago.

—Genial —protesta Megan.

—Hermanita, respira hondo. Piensa en algo que te relaje, algo que te de paz. ¡Oh, ya sé! Piensa en Rhys. —La miro y mi angustia es aún mayor—. Ya, no mala idea. Tienes razón. Piensa en tu público desnudo…

—Así no ayudas —protesta Megan.

—Lo intento, pero no sé cómo calmarla —dice Taty.

—¿Y qué tal un chupito de algo fuerte? —propone la encargada.

—¡Whisky! —exclamamos las tres a la vez.

No se demora más y se va corriendo en busca del maravilloso líquido escocés. Regresa minutos más tarde con una botella y tres vasos.

—Trae, yo lo echo —se apresura a decir mi hermana. Echa un par de dedos para cada una—. Por un futuro prometedor con esta nueva novela —exclama y levanta el vaso.

—Por muchas más —le sigue Megan.

—Por mi nueva historia, mi nueva vida. Un libro que espero llenar con muchas letras y canciones —brindo yo. Chocamos los vasos y le damos un trago. Bueno, yo me acabo el mío de golpe.

—Joder, hermana. Que tienes que hablar en público —comenta Taty.

—Vamos, estoy lista —expreso con decisión. Veo las miradas cómplices de mi hermana y Megan, que sonríen ambas de forma divertida—. A callar las dos —les ordeno y levantan las manos en señal de calma.

La encargada sale al otro lado del cartel y hace las debidas presentaciones. Cuando salgo, apenas distingo caras. Tan solo escucho voces, aplausos y vítores, pero veo al público distorsionado. Como en esas películas donde la gente sueña que ve rostros borrosos o nada definidos.

Me siento en la mesa larga con varios ejemplares de la novela sobre ella. Hay tres micrófonos: Uno para mí, que estoy en el medio, otro para Megan, a mi derecha, y otro para la encargada de la librería, a mi izquierda. Mi hermana se sienta en primera fila, es el único rostro que distingo.

Comienza la charla sobre la creación de la historia y del motivo de mi parón, aunque no quise entrar en muchos detalles. Luego, paso a leer un trozo de la novela. El silencio de la gente es abrumador, pero todos quieren estar atentos y no perderse ni un solo detalle. Leo con calma, modulando mi voz para proyectarla bien.

—Fin del capítulo siete —pronuncio en cuanto termino. Cierro el libro y levanto la cabeza para mirar, ahora sí, a cada invitado a los ojos—. ¿Qué os ha parecido? —lanzo la pregunta.

—Que tengo ganas de llegar a casa y ponerme con la lectura ya —se escucha a una voz femenina al fondo.

—Tú quieres conocer al McKenzie —bromea otra joven a su lado y toda la sala rompe en risas.

—¿Tenéis alguna pregunta para la autora? —comenta la encargada.

—Yo sí. —Una voz masculina irrumpe desde el fondo de la sala y una figura alta emerge entre la gente. El aire se detiene en mi garganta y ya no circula más—. ¿Hay alguna parte favorita del libro, alguna escena que a la autora le guste más que otras? —Todos se giran para ver a quién pertenece esa voz.

—Rhys —balbuceo.

Mi hermana abre mucho los ojos al escucharme pronunciar su nombre y se gira en la silla para verlo. Vuelve a mirarme y dirige, entonces, la vista hacia Megan, que está igual de boquiabierta que ella.

—¿Y bien? —insiste él. Se cruza de brazos y clava en mí esos dos orbes que me miran con tanta intensidad que siento que me voy a desmayar.

Quiero dejarlo todo, correr hacia él y besarlo. Está aquí, ha venido a la presentación de mi libro…, y no me dijo nada, el muy cabrón. Toda la sala se gira hacia mí, en espera de una respuesta.

Mierda.

Lo veo esbozar una media sonrisa traviesa y, con un movimiento de cabeza, me insta a responder. Me aclaro la garganta y digo:

—El momento en el que él le dedica una canción. Ese instante, ella sabe que está perdidamente enamorada y que ya no podrá alejarse nunca más de él. —Rhys sonríe y asiente.

—Muy bien, pues si nadie más quiere preguntar nada, pasamos a las firmas de libros. Haced una fila y no os aglomeréis, por favor —dice la encargada, que se levanta y comienza a mover a la gente.

Yo sigo ahí parada, con mis ojos clavados en los de él. Megan me toca el brazo con suavidad para indicarme que están esperando y rompo el contacto.

Mi manos tiemblan, pero no por mi miedo escénico, sino porque no dejo de pensar que Rhys está aquí. Entre firma y firma lo veo dialogando de forma alegre y distendida con Taty. Rezo porque no le esté contando ningún secreto íntimo de la infancia o juro que me quedo sin hermana.

La firma se eterniza, para mi gusto, demasiado, pero me debo a mi público. En cuanto plasmo la última dedicatoria y le entrego el libro a su dueña, me levanto y corro hacia él. No me importa quién nos vea. Me lanzo a sus brazos y lo beso.

—Mmm, ¿qué van a pensar tus fans? —murmura contra mi boca.

—Me da igual —jadeo. Él se ríe y me aferra con fuerza contra su cuerpo.

—Te he echado de menos —confiesa y me besa de nuevo.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que has venido? O sea, no es que me moleste, vaya. Estoy encantada de tenerte aquí, pero como habías dicho que… —Mis balbuceos son acallados por su

boca, que tapa la mía y me impide seguir hablando.

—Mía me echó del bar. Dijo que estaba insoportable y me obligó a cogerme vacaciones. Así que, aquí estoy —me explica en cuanto logramos separarnos.

—¿Y no tienes miedo de dejarlos solos al cargo de tu preciado bar? —bromeo.

—No porque les he dicho que los pondré a levantar la misma estructura, piedra a piedra, en el mismo lugar, si no cuidaban del pub. —Me rio porque sé que es capaz de hacerlo—. Me encanta oírte reír —dice y me vuelve a besar.

Un carraspeo a nuestras espaldas rompe la magia que acabamos de crear y soy consciente de que no estamos solos. Me muevo entre los brazos de Rhys y veo a dos caras, con sonrisas maliciosas, mirándonos con picardía.

—Así que tú eres el responsable de esta obra maestra. Megan, editora y amiga —habla ella primero y extiende la mano hacia él.

—Encantado, soy Rhys —responde.

—Yo ya me he presentado antes y le he dado las gracias por traerla de vuelta al mundo de la felicidad —dice mi hermana. Me sonrojo, pero sé que es cierto lo que dice.

—Bueno, el mérito no es solo mío. Podríamos decir que ambos nos hemos ayudados a sanar nuestra heridas —dice él. Lo miro, sonrío y dejo que me roce los labios con los suyos.

—En fin, ¿qué tal si salimos de aquí y nos vamos a tomar algo los cuatro? —propone Taty.

—Una idea estupenda —contesta Megan. Nosotros dos asentimos, pero sin soltarnos. No queremos separarnos ya ni un segundo.

Una felicidad abrumadora me hace sentir como en una nube. Estar ahí, entre los brazos de Rhys mientras mi hermana y Megan no dejan de parlotear para saber más cosas sobre él y la vida en Escocia, es algo que jamás había entrado ni en mis mayores sueños. Es perfecto, todo es perfecto.

Después de dos horas, envueltos entre risas y anécdotas mientras degustamos una deliciosa cena gourmet en un restaurante elegido por Megan, Rhys y yo regresamos a mi pequeño apartamento.

No dejamos de robarnos besos y caricias durante todo el trayecto, y casi acabamos rodando escaleras abajo cuando intentamos llegar al primer piso del edificio, sin separar nuestras bocas.

No hablamos, tan solo gemimos y jadeamos mientras nos devoramos con un hambre voraz. De alguna forma, nos quitamos la ropa y la dejamos desperdigada por todo el piso.

Rhys me alza del suelo y me coloca sobre su cintura, la que rodeo con mis piernas al mismo tiempo que me aferro a su cuello. Camina conmigo bien sujeta por las nalgas, mientras nuestras lenguas se acarician la una a la otra.

Caemos sobre la cama y, sin ningún tipo de preliminar, me penetra con un rápido movimiento de la pelvis. Cierro los ojos y exhalo un gemido sonoro de placer al sentirlo entrar en mí.

—Dios… Cómo te he echado de menos, cariño —ronronea él y apresa mi boca de nuevo, llevándose consigo mis jadeos y el oxígeno que alimenta mis pulmones.

—Yo también —logro decir.

Comienza a moverse, haciendo esos pequeños círculos con las caderas y que me vuelven loca.

—Joder, Rhys… —gimo. Clavo las uñas en sus hombros y elevo las caderas hacia él. Quiero más, necesito más.

—¿La quieres toda? —Jadeo un Sí, seguido de otro y otro cuando empuja con fuerza—. Eres preciosa, increíble… Dios, Nessa, te deseo de una forma que me quema —susurra sin dejar de entrar y salir de mí.

—No pares… Rhys, no pa… me corro, sigue, por favor —suplico al sentir una fuerza poderosa tomar el control de mi cuerpo.

—Córrete, mi amor. —Y obedezco, sin control alguno del volumen de voz.

El orgasmo sacude cada fibra de mi ser y no queda un rincón de mi cuerpo que no estalle al sentir ese enorme placer. Me aferro a su trasero, abro las piernas y grito mientras él continúa embistiéndome con más brío.

—Oh, sí, joder —gruñe cuando llega a su propia liberación. Empuja una vez más y lo siento llenar el preservativo mientras se vacía.

Jadeantes, nos miramos. Envuelvo su rostro perlado en sudor con las manos y sonrío. Rhys acerca los labios hasta los míos y me da un fugaz beso antes de dejarse caer a un lado. Con el brazo, me atrae hacia su cuerpo. Su pecho sube y baja con cada respiración y su corazón late con fuerza.

Me abrazo a él y deposito un suave beso cerca de su pezón. Sonrío porque es mío, todo mío y eso me hace sentirme la mujer más afortunada del mundo.

—Eres increíble —rompe el silencio, entonces.

—¿Yo? Tan solo me dejo llevar por ti. —Apoyo la barbilla sobre su torso y él baja la mirada hacia mí al mismo tiempo que pasea sus dedos sobre mi piel desnuda.

—Eres la música de mi vida, tú marcas la melodía. Eres una canción que siempre estuvo ahí, resonando en la lejanía y que ahora cobra vida. Tú cuerpo tiene forma de guitarra y a mí me encanta sacarte esos acordes cuando hago vibrar esas cuerdas maravillosas. Te amo, Nessa. No solo te quiero, estoy profundamente enamorado de ti. —Esa confesión me deja sin aliento y creo que hasta el corazón se me para. Mi visión se empaña y trago saliva con dificultad para calmar las lágrimas que amenazan con salir.

—Rhys… —pronuncio su nombre con un hilo de voz temblorosa—. Eso es… eso es precioso. Yo también estoy enamorada de ti, como nunca jamás pensé que llegaría a estarlo. Esto que siento por ti es del todo novedoso. Tú eres mi página en blanco, una novela que estoy ansiosa por escribir. —Repto hasta llegar a su boca y lo beso—. Yo también te amo, Rhys Wakeflield, eres mío y yo soy tuya.

Él sonríe, mete una mano entre mi cabello largo y me acaricia la nuca para acercarme y apresar mis labios. Ardo, siempre siento que voy a estallar en llamas cuando me besa así. Despierta todos mis sentidos, todo ese enorme deseo cobra vida con solo rozarme.

—Solo te has corrido una vez —susurra contra mi boca.

—¿Qué…?

—Normalmente, lo haces dos veces y hoy solo lo has hecho una vez. —¿En serio se está preocupando por eso ahora, en este momento profundo?

—Bueno, la urgencia nos… ¡Rhys! —exclamo cuando me tumba boca arriba y se lanza hacia el borde de la cama, arrastrándome con él.

—No es excusa y tú te mereces más, debes ser adorada y saciada como una diosa… —Se mete entre mis piernas y deposita un suave beso en la parte interna del muslo—, y voy a ponerle remedio a eso. —Y lame mi sexo.

—Oh, joder —gimo al notar el pequeño espasmo involuntario que provoca esa lengua sobre mi clítoris.

Y ya no veo más mundo ni escucho nada que no sean mis gemidos y jadeos mientras él me devora con fervor. La habitación de vueltas y pierdo por completo el sentido cuando me lleva al orgasmo de nuevo.

Hacemos el amor una vez más, pero con más calma y sin dejar de mirarnos a los ojos, como si nos estuviésemos haciendo una promesa silenciosa con cada penetración y confirmada por nuestros propios jadeos.

Nuestro futuro comienza aquí, en esta habitación. Nosotros tocaremos la melodía de nuestro propio amor y llenaremos estanterías contando nuestra historia.



Nessa McDubh (Xixón, 1980)

Escritora autopublicada de origen asturiano.

«Contar historias es mi razón de ser. Mi forma de evadirme de la realidad y de viajar a otros mundos…»

Apasionada y enamorada de Escocia, se escapa cada vez que puede a empaparse de la magia de esas tierras y poder reconectar consigo misma.

Todos sus libros están disponibles en Amazon y Kindle Unlimited.

Puedes saber más sobre la autora a través de sus redes sociales: @nessa_mcdubh.

Gracias por elegir mi universo particular,
repleto de historias apasionantes y llenas de fantasía.
Espero que hayas disfrutado de esta historia. Me anima a seguir creando
universos donde podáis sumergiros y disfrutar de un viaje increíble.

Te agradecería muchísimo que dejases tu valoración y/o reseña, me
ayudaría mucho a posicionarme para que otras lectoras puedan ver mis libros.

Puedes encontrar más libros del Nessaverse en este enalece:
https://mybook.to/nessaverse

O puedes escanear este código QR e ir directos al catálogo de libros, que se irá actualizando de forma automática con cada nueva publicación.